[illegible] a su maestro

el talentoso sociólogo

Dr. Rodolfo Rivarola.

San Rafael (Mendoza)

Octubre 22 - 1918

CUESTA ARRIBA

S/c [illegible]

Vol. VIII

EDITORIAL ARGENTINA
BIBLIOTECA DE AUTORES JÓVENES
Director: BARTOLOME GALINDEZ

CUESTA ARRIBA

POR

FAUSTO BURGOS

PRÓLOGO

DE

BARTOLOMÉ GALINDEZ



BUENOS AIRES
SERANTES HNOS. — BALCARCE 173
1918

PROLOGO

Comúnmente se encarna y hasta se simboliza en la figura del "gaucho", en el orden de nuestra tradición, el orgullo y el mérito de la raza. Sus actos, su simpática y dura personalidad "intelectual", su espíritu poéticamente salvaje, su inclinación meditativa y su "temperamento étnico", al decir de Bunge, han ritmado para la existencia del kabila de las pampas argentinas, una epopeya sonora y fecunda. Y nuestra literatura se ha inundado de él como de algo típica y genuinamente suyo.

Objeto de homenajes, gratitudes y sentimientos, el "gaucho" es algo que deja de ser algo en nuestro argentinismo, para ser todo. Y he aquí engaño y orgullo uniformes. El "gaucho", el nómade no tiene suyo ni su nombre, ni sus costumbres, ni su sangre, ni su guitarra legendaria. La etimología del primero, al creer de Emilio Daireaux, nos hace meditar en la lejana Arabia. "Gaucho" es palabra puramente exótica. "Chauch", árabe, es el conductor de ganados. Al mismo en España se le llama "chaucho". Su sangre de bastardo es tan nuestra como de los soldados de los tercios españoles; sus costumbres son las de los beduínos del Sahara; su guitarra es la vihuela clásica de Sevilla; sus "gauchismos" son tentativas de exotismos tan "criminales" como mis mal comprendidos delitos de "Poemas", que tanto se han discutido en América para mi verdadera tranquilidad y la seguridad de la línea recta que me dió Lao-Tsé. El "che" es de Valencia (1); el "vos" es el dulce "vos" de otros labios más templados; el "ao" de los "ados" y las vocales acentuadas que transforman el plural o el antiguo singular de los imperativos, son abreviaciones vocales de haraganería verbal; el "dende" es puramente castizo;

(1). Algunos opinan que el "che" fué también empleado por los araucanos para substituir el calificativo de "hermano".

viene del "ende", adverbio latino o proviene del "desque", según Barcia; "ansina" es arcaísmo español; "ajises", "fierro", "dotor", etc., vulgarismos de desierto. En cuanto a su sombrero característico, tira al chapeo de los capitanes de Flandes, sólo que los de éstos lucían una hermosa pluma que le llegaba, cayendo graciosamente, al corazón...; su "poncho" es una vulgar imitación de la capa castellana; su "chiripá" es un pañal grande de niño; su "facón" es un simple puñal de Alepo o de Misericordia, puñal de leal veneciano o de guerrero damasquino, sólo que el del "gaucho", la mayoría de las veces salía por el pecho...; su "gato", su "pericón", sus "zambras" y sus "cuecas", tienen su distante origen en las "malagueñas", los "boleros", las "peteneras" y los "jaleos", sin llegar sus músicas a impresionar como los "yaravíes" y los "huanitos", que gimen en las "quenas" y en las flautas de hueso y caña. Y así todo él. El sol de las pampas abiertas al viento cálido, curtió su rostro ensangrentado de rabia. Le dieron, sombra el ombú, alcohol las pulperías, amores y melopeas y "cielitos" y "tristes" las taperas, sed de muerte las llanuras. Mataba y robaba. En su lenguaje lento, acortado y simbólico, muchos creyeron encontrar la poesía regional. Y la encontraron. Buscaron en su vida errante frutos para el porvenir. Le dieron idiosincrasia y lo adornaron con ribetes de Mahoma.

No hay duda de que la labor regeneradora de esos hombres, está patrióticamente edificada sobre un terreno no muy seguro, Estanislao del Campo, José Hernández, Ascasubi, Rafael Obligado, el noble patriarca, con Coronado, de nuestra actual literatura, han hecho de la figura del morador salvaje su misma inmortalidad. Y con la inmortalidad del "gaucho" se han inmortalizado. El primero hizo florecer en sonrisas su creencia. En "Fausto" de Gounod campea su colorido. Hernández nos mostró un Martín Fierro con una parte de Serralonga y tres del Mendoza serrano y bandolero. Obligado, más grande que ellos, imprimió un sello de tristeza sobre la faz del nómade. "Santos Vega" es la leyenda del morador de las pampas; Satanás es el progreso que, sediento de dominio, va arrojando una acerada baba en forma de rieles...

Todo esto, unido a los cantos sagrados de Planes y Fray Cayetano Rodríguez, a los endecasílabos de Luca y Varela, al romanti-

cismo de Echeverría, a la soberbia de Mármol, a la fe de los Gutiérrez y al poderoso grito del Hugo Andrade, más el doble triunviro de Moreno, Sarmiento y Alberdi, Monteagudo, Mitre y Ameghino, dió ajuste a nuestra literatura, sobre la cual resaltaba y resalta la silueta del personaje tradicional. Coloquemos sobre su destierro los versos de Darío:

—¿Quién eres, solitario viajero de la noche?
—Yo soy la poesía que un tiempo aquí reinó:
¡yo soy el postrer gaucho que parte para siempre
de nuestra vieja patria, (1) llevando el corazón!"

Y sin embargo — todo sin embargo tiene su embargo — ¡oh, ingratitud del pueblo y doble ingratitud de los poetas! Se loa, casi se santifica al "gaucho", y se olvida al indio, al pobre y valiente primitivo habitante de esta tierra... El que fué el primero en defender el suelo que pisamos, de las garras de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II!

La vanidad del pueblo argentino "europeizado", reniega del recuerdo del indio grave y errante? ¿Se avergonzarían nuestras musas de Florida al contemplar en una plaza la estatua del indio de robusto pecho? ¿El indio somnoliento y poeta sería un cero colocado a la izquierda de la cifra de nuestra civilización? ¿Acaso en la patria de Washington y de Lincoln! no se honra, empezando por el dóllar y terminando por los paseos públicos, al piel roja de Far-Wets?

Si el escultor inglés Ward, perpetuó en el bronce y en el mármol la raza negra, en el país de Emerson, Poe y Witman, un ex-minero de las minas de plata de Alt-City, Cyrus Dallin, sin "inglesarse" como los pintores anglo-americanos Copley y West, o como John Wesley Jarvis, Charles Cronwell, Tomás Sully, el pintor de hermosas mujeres, y el invernal Childe Hassam, ha eternizado la solemne figura que vieron los cañones y las praderas del Norte. "Señal de paz", monumento que se admira en Chicago, "Indio cazador", "El curandero" e "Invocación suprema", donde aparece el piel roja con su manto de plumas, elevando una plegaria al gran Espíritu, al inmenso Manitu de las

(1). La patria del "gaucho" nunca dejó de ser joven. Tal calificativo sólo cuadra en los labios del primitivo habitante.

cacerías eternas, son obras que, como fuerza, son fuerzas, y, como frutos, son frutos eternamente maduros de la raza que se va. Y éste, como un himno de piedra a la estirpe, es religioso para el pueblo que abre, para mirarlo, sus ojos que cierra el humo de sus fábricas... Vientre de las selvas ubérrimas que inunda las ciudades de hoy!

Subrayaré también, los nombres del Inca Garcilaso, autor de las historias del Perú y de la Florida; de Ercilla, autor de "La Araucana"; de Agustín de Zárate, autor de hermosas páginas; de Bartolomé de las Casas, noble discípulo de Cristo y autor humano; de Díaz del Castillo; de Juan de Velasco, historiadores, y de Cortés, que escribió dulces Cartas.

Al recordar estos nombres, que, como dice mi erudito amigo Andrade Coello, en su "Nociones de literatura general", publicada en Quito (Ecuador) en 1914, dieron a conocer muchas peculiaridades del Nuevo Mundo, no olvidaré las manos blancas como azucenas del príncipe, que cantó "Tutecotzimí", ni las manos ásperas de Santos Chocano. Tampoco olvidaré el respetado nombre del patriarca peruano D. Ricardo Palma, cuya labor como miembro de la Real Academia Española, injertó en la lengua de Cervantes, indispensables americanismos de acertada construcción. Y el decir del Cid aceptó el decir de Moctezuma...

¿Y el "Tabaré" de Zorrilla de San Martín, fuerte en sangre quichua? ¿Y nuestro "Siripo" de Labardén, tragedia llena de la dulce fidelidad de Lucía? ¿Y las eruditas páginas de D. José Joaquín Araujo? Recordaré, también, el anónimo "Ollantay", traducido por D. José Sebastián Barranca, el "Apu-Ollantay", al decir de Fidel López en su "Races Ariennes du Perou; que, según Pi y Margall, es anterior a la conquista. ¿Qué Inca, qué "hanavecus", ritmó y coloreó su lámina aborigen? (1).

¡Atlántida, madre, ingratamente llamada América! Que la

(1). Ya que he entrado en materia de investigación, citaré a Vicuña Mackenna, Barros Arana, Manuel Bilbao, Bulnes, Medina, de Pedro de Oña, autor de "Arauco domado"; de Camilo Henriquez, Amunátegui, de Orrego Luco, autor de "Casa grande"; de Blest Gana, autor de "Martín Rivas"; de José Zapiola, autor de "Recuerdos de treinta años"; de José Joaquín Vallejos, Alberto del Solar, autor de "Huincahual"; de Salvador Sanfuente, de Miguel Luis Amunátegui, autor de "Cuadros antiguos"; de Román Vial, autor de "Costumbres chilenas"; de Borquez Solar, y por último, de Enrique D. Tovar, cultísimo pedagogo peruano y cerebro como pocos.

colosal hoguera del Sud alumbre su Norte, ya que el cinturón de oro de Panamá cortó su talle.

Y haya una gota de llama y una línea de luz para el "Folk-lorismo". No vayamos como Ameghino a distinguir la antigüedad del hombre del Plata en la era azoica, ni confiemos en aquellos etnólogos que nos hablan del -Je-pen tibiamente rosa como las tazas de porcelana de Yeso. Sabemos que Platón soñó con un posible desprendimiento del Africa y que un marino genovés supo el milagro de las Indias occidentales. ¡Atlántida!

En tiempos de Solón, el gran almirante hubiera sido un filósofo, aunque fué tan estoico como Zenón en tiempos de Isabel la Católica. Creso dice a Solón: "Me han contado que has recorrido como filósofo varios países para estudiarlos". La filosofía en aquel entonces, fuera del carácter de tierra y de universalidad que le dieron Sócrates y Platón, tenía un sentido general de enriquecimiento con nuevos conocimientos. Así lo comprendió Herodoto y lo exponen Janet y Séailles en su "Historia de la Filosofía". Bajo esas regias Pitágoras y Homero visitaron a Egipto.

El dolor, la gloria y las peregrinaciones del conjunto primitivo de América nos interesa. Toda raza, toda armonización de sangre colorea los puntos sólidos de esta inmensa esfera que gira en el espacio sostenida por el concierto de los astros.

Evidencia su reflejo clásico una como hereditaria individualidad que en todas las ramas naturales se refleja, desde Sócrates que nos dió el espíritu de la Hélade, hasta Cicerón que nos habló de la Roma Augusta. Lo mismo en Darwin que en Steinthal, distínguese un pensamiento de variedad con respecto a las costumbres y diferenciación de los grupos primitivos. Y si comparásemos aquí la "hipótesis monogenista" de Spencer, calificada así por Ingenieros en su "Sociología argentina", con la "hipótesis poligenista" de Gumpeowicz, no tendríamos, para mayor seguridad de deducción, más que compenetrarnos en un orden inferior, en las fábulas de La Fontaine y la "Vida de las abejas" de Maeterlinck. "Un pueblo, dice el erudito Taine, recibe siempre la impresión de la comarca que habita". Y Giner sostiene: "En Colombia, por ejemplo, los timbacos y los indios

de Darien, presentan muy diversos tipos, con los muismas y tundamas".

Pero esta misión queda a estudiosos como el señor Ricardo Rojas, cuyo "lirismo adivinatorio, que señaló en Michelet el autor de "Los orígenes de Francia", — hablo aquí con los labios del excelente Melián Lafinur — se propone realizar la intrahistoria, la historia espiritual de la patria desde los orígenes de la nacionalidad".

Desenterremos glorias indígenas, voces aborígenes, leyendas incásicas. Sobre los monolitos de Tiahicanaw y las ruinas de Sicasica de Bolivia, acercándonos a las ruinas de Zelimbela del Ecuador, a los del lago Titicaca del Perú, al Cuzco áureo y constelado, al Imperio del Gran caballero del Sol y a los "pucarás" de nuestros indómitos centauros; arrojemos de las manos el encaje que tiembla y la rosa que suspira; levantemos las ciudades de piedra, ya que otros se llevaron el oro; seamos sonoramente americanos y armoniosamente argentinos: indígenas o castellanos. "¿ Argentinos ?, diría el poderoso viejo de "Facundo". Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello". Pensemos en el autor de "Los mártires del cristianismo" que como escribe Rodó: "En la soledad de la selva americana, Chateaubriand encuentra la espaciosidad infinita, necesaria para volcar el alma opresa por las convenciones del mundo; y entonces nació René"! Y por último: o ciñamos la espada ibérica del capitán de Córdoba y Granada, el de las cuentas interminables. o saltemos por los campos con los ojos inundados de salvaje religiosidad, los labios sensuales de aire y los cabellos sueltos sobre las espaldas desnudas, sujetando el arco glorioso. Internémonos en las selvas olorosas y fecundas, sacudamos los viejos algarrobos con brazos hechos bronce y acero; bebamos en las cornucopias del "caraguatá", la miel de la nube. Seamos como un inmenso himno de montaña inspirada por fenómenos sísmicos que nosotros llamaremos arcaicos. Hundamos las manos en la tierra y alcémolas llenas de tierra y de trofeos. Y sin dar el ¡adiós!, que da Giner en su "Mujeres de América", demos un adiós a la civilización y ocultémonos en los bosques a platicar con el puma. Así, por lo menos conformaremos a la sombra de Sarmiento y seremos más argentinos que, confundiéndonos con la figura del "matrero" o

"mulato". De lo contrario confesémonos universales en el enlace de la belleza y del sentimiento.

* * *

El "gaucho" más que el "cow-boy" norteamericano y que el azteca de México, es el cipayo de Bombay o Calcuta: mestizo, bastardo, astuto, audaz, asesino del indio; parricida, fratricida, Caín y Edipo.

El indio combatió por la tierra que pertenecía ante Dios y ante el sol que la fecundaba. Desde sus baluartes de "pirca" y sobre sus "pucarás" de piedra, luchó el kabileño argentino cien años contra el opresor como lucharon los calchaquíes? ¿Fué sacrificado a las encomiendas y a las misiones jesuítas como lo fueron los querandíes, los charrúas, los tapes, los comechigones y los diaguitas? (1).

Raza salvaje y fiera, vivía en lo suyo y con lo suyo. Raza salvaje y fiera, tenía un dios en el sol y pisaba despreciativamente el oro. Comía las frutas de sus bosques y bebía las aguas de sus ríos. Raza salvaje y fiera, vivía feliz en medio de la rica pobreza de su suelo. Eran bárbaros, pero eran inocentemente bárbaros. ¿Bárbaros? En buena hora. Como a tales los despedazaban cuatro caballos civilizados, acicateados por cuatro hombres que también hablaban... Así Tupac-Amarú...

¿Y hoy?

En nombre de la civilización, sobre el polvo de la estirpe muerta y por la sangre que tus soldados canjearon por el oro de esta tierra, Cristóbal Colón, sé perdonado!

Estas son manifestaciones de margen. Hallándome en presencia de un autor que une su obra a la literatura regional, abro mis inclinaciones naturales y cierro las mismas ante el valor de la obra.

Desgraciadamente, para muchos jóvenes atrevidos y originales, aquí no es esa la sinceridad de la mayor parte de la crítica. Todo crítico quiere imponer sus gustos, sin pensar en juzgar

(1). El autor de estas líneas, entre otras obras, prepara actualmente un libro "Colomba". Firme como siempre en sus sentimientos e inclinaciones, rendirá en algunos cantos y poemas, justo homenaje a la bestia morena de la época colonial.

los gustos ajenos; y como para complacer a todos habría que multiplicarse, asistimos a menudo, a un destierro de juventud.

Pero cuando el ruiseñor calla, canta la alondra. Amén.

Así lo saben Alvaro Melián Lafinur, Juan Torrendell, Héctor Olivera Lavié, Roberto F. Giusti, Juan F. Mantecón y José Suardi, espíritus amplios.

—Y Lugones?...

—¿Alguien nombró a Rimbaud?

—No: a Mallarmé...

En la provincia de Mendoza vive actualmente un joven vagabundo. Y, con el joven vagabundo vive una joven que no la llamaré así para calificarla peregrina, aunque su nombre verdadero es esposa. Fausto Burgos se firma él, y es autor de varios libros de sano lirismo y de alma emotiva y buena.

Por sentimiento de curiosidad y atención, la República para ellos ha sido el paseo de la luna de miel. Y después de recorrer cinco mil kilómetros a través de todas las provincias, fueron a descansar bajo la sombra de los Andes. De este viaje nupcial nació "Cuesta arriba".

Conocía a Burgos como poeta: había leído "Olas y espumas" y "Hojas caídas"; pero lo desconocía en la prosa. Como poeta veía en él corazón y fluidez, aunque no originalidad. Como prosista creo tanto en él como en Payró y Viana.

Espíritu simpático e investigador, nos da un libro de ambiente serrano; un libro de los que pocas veces se escriben: realista y ameno, tan realista y ameno como el del pintoresco autor de "Tipos y paisajes". Y une así su nombre a los de Paul Groussac, Fray Mocho, Marcos Sastre, Martiniano Leguizamón, Manuel Bernárdez y Juan Carlos Dávalos.

La misión del escritor propiamente nacional, no está en lucir encajes de Holanda o galas de París, ni en dar al paisano el timbre de redención tan en pugna con su verdadero estado social. Azorín no es el poeta gallego que tan bien habla en los versos de Luis G. López, y menos el cantor popular de Francia: Bouchor, y menos aun, el cantor de la Naturaleza: Francis Jammes. Pictóricamente Sorolla, Zuloaga, Camarasa y Rusiñol en la España de Darío de Regoyos, son panteístas, salvo algunos

caprichos de Rusiñol, que sin desnudar ni vestir el color, lo pintan tal cual es. En cambio Claude Monet en el país de los Valois, y Pisarro, Bondin y Cezanne, sus mejores discípulos, dan al color la caprichosidad de una nube navegando en el cielo del crepúsculo. Y es que Monet y sus discípulos, acostumbran pintar un paisaje con diferentes tonos y desiguales luces. No así, como los primeros, creo sencillamente, no impongo, que debe ser el escritor nacional; y sobre todo teniendo la Argentina, como tiene, verdaderos cuadros que llevan hasta marco característico.

En los versos de Echeverría, ¿no aparece Tucumán lleno de pomas y hasta fragante? Sus naranjos, sus chirimoyas, y hasta la futura Pantagrüel que devora hoy millares y millares de cañas de azúcar, todo lo vemos, todo lo adivinamos. Las fecundas tierras que baña "el Paraná, faz de perlas y el Uruguay, faz de nácar", la nueva Persia del Eufrates y del Tigris, sin más Semiramis que sus palomas, empenachada por el cobre del maíz y enguirnaldada por el oro del trigo; las sierras de Córdoba; las lagunas pampeanas llenas de garzas y bermejos; los racimos azules y de ámbar, y los álamos andinos; el Nahuel-Huapí patagónico; los bosques del Norte y los témpanos, los días eternos y los "shag" del Sur, son lienzos magníficos del Artista Creador. Su copia en el verso, en la prosa, en la tela, comprenden el admirable homenaje y el espléndido tributo a nuestras mismas bellezas. Copiar cruda y salvajemente. Esta es la misión de nuestro viajero.

Fausto Burgos la cumple en todo, y hasta la aumenta. Sutil, duro, armonioso, real, nos da la imagen de lo que vió y sintió. Y nosotros, también lo vemos y lo sentimos. Su originalidad tiende a ser originalidad regional.

En algunos párrafos de "Cuesta arriba", hasta reconocemos al poeta, porque el poeta es quien nos canta lo que habla en prosa. Se mantiene en su límite de belleza y sencillez, que es el máximo del balanceo espiritual. Pasando ese límite o se cae en la vulgaridad o se entra al helenismo. Mantenerse en él es un prodigio meritorio. No anubla su estilo con escapatorias más o menos encontrables en todo escritor que no escriba con la pluma de sus huesos y la tinta de su sangre. Es sereno y pausado. Obtiene de las palabras pinceladas ricas y sonidos, repetidamente, armo_

niosos. Su sentimiento es suave y es perfumado como un ramito de romero o trébol a la vera de un camino de pueblo en esta hora en que las campanas llaman a las mozas frescas como sus percales almidonados. Tiene arranques de niño y de pájaro en mañanita murciana, de sol, alegre y tranquila, alegre y tranquila como en un óleo de Sorolla.

Y así vemos en la Mercedita que es pálida, es triste, es buena; en la Rosario que brinda mates con sabor de naranja y en la tristeza de Antonio, el viejo capataz, mucho de colorido regional y de emotividad de terruño. En las cataratas de Nihuil, Burgos nos pone frente a un salto de agua que truena y llora, que gime y ruge; en la pintoresca entonación de las voces cuyanas, sentimos el reflejo casi ingenuo del oeste.

En todos sus cuentos, y en todas sus descripciones, hay algo muy suyo, y, sobre todo, muy vivido. Me recuerda, al leerlo, al autor de "Tipos chilenos", el escritor chileno D. Eulogio Gutiérrez, a cuya amabilidad le estoy sinceramente obligado (1).

Reconozco en Burgos frescas dotes. A él le toca dar sus frutos más maduros. Es joven, y en la juventud, los libros primaverales son como los rosados duraznos de diciembre. Afianzado en sus méritos desde su barca de hoy, Burgos saltará a la orilla del mañana. Y las manos de sus amigos y el saludo de los desconocidos y las dulces sonrisas de su esposa novia, sonrisas que saben a panales de Himeto, cuando su cabeza enmarañada y somnolienta caiga sobre las carillas de su mesa de trabajo iluminada por la lámpara del alba, colocarán en su florero favorito, una rama de laurel. Juvencia, Aretusa, Castalia, Leteo. Amén.

BARTOLOMÉ GALÍNDEZ.

---

(1). Esta obra, que el autor ha tenido la gentileza de enviarme, mereció de nuestro Almafuerte palabras de gran elogio. Calificóla el autor de "El misionero", de obra como ninguna y de esfuerzo formidable.

EL VIAJERO SOLITARIO

(*Cuento sanjuanino*)

Don Tomás era un sanjuanino corpulento, de rostro barbado, muy alegre, muy jovial, que tenía una tropa de carros. Había pasado todo aquel día sofocante, caluroso, terrible, en un mísero rancho perdido en el inmenso desierto de su provincia natal, aguardando la fresca hora del crepúsculo, para emprender de nuevo la interrumpida marcha.

¿Qué hizo don Tomás durante tan largas horas? En compañía de don Silverio, el dueño de casa, tallar el naipe, beber sendos vasos de vino y contar imposibles hazañas de troperos. A don Tomás, le agradaba lo fantástico, tenía predilección por todo aquello que parecía irrealizable. Don Silverio tornaba grave su cara angulosa, enjuta, cuando oía de los labios de su amigo, que una tal mula zaina había salvado cincuenta leguas de un tirón; que sus carros pasaban a nado el río San Juan o que Elías José era un hombre que pactaba con el demonio.

Entre cháchara y broma, al fin se hizo la tarde, una tarde calmosa, triste, con dejos de cansancio y ansiedad de sombras.

Cuando el sol se hundía tras las cumbres lejanas, lanzando sus últimos rayos de oro, seguido de nubes de va-

riados tintes, don Tomás ensilló su macho tordillo, puso en las alforjas algún trozo de carne seca, llenó los chifles, dió unas palmadas en la grupa del animal y se entregó a recorrer leguas y leguas. El camino, apenas marcado sobre la llanura yerma, callada, triste, pensativa, que se acercaba hasta el pie de los cerros adustos, graves, era un camino polvoriento, blancuzco, salpicado de una vegetación raquítica, extenuada: aquí una mata de jarillas, un minúsculo bosquecillo de salvajes cactus; más allá, un centenar de arbustos enanos de amarillos troncos y espinudas ramas o un conjunto de hierbas plomizas de aspecto desolado. Este camino era la obligada ruta de los troperos que llevaban provisiones a los pueblecitos montañeses y que traían al volver, sendos cascos de vino. En algunos sitios la llanura pobre, tornábase más triste aún, desaparecían las plantas y el camino, mil veces señalado por los grandes vehículos, atravesaba un páramo pedregoso.

En llegando a Los Rincones, un paraje agreste, enclavado entre enormes barrancos, lúgubre, silencioso, don Tomás, el sanjuanino corpulento, de barbilla aguda, distinguió a lo lejos la silueta de un viajero.

Ya la blanca luna, en los campos, en los valles desiertos, en las quebradas hondas, en las cimas nevadas, esparcía su hermosa luz. Casi inmóvil en el firmamento, semejaba una virgen pálida.

Don Tomás cogió el chifle, bebió algunos sorbos de vino y apresuró la marcha de su mulo, acariciando la idea de toparse con alguno de sus viejos camaradas. Momentos después, a la luz de la luna, divisaba una mulita de

andar rítmico y a horcajadas sobre el animal, un pequeño bulto humano.

—¡Ep, amigo!... ¡Eppp, amigoo!!, gritó don Tomás. El eco respondió de igual manera. La voz del tropero retumbaba al chocar contra los flancos de los cerros obscuros...

Aceleró más el paso de la bestia y tornó a gritar: ¡¡Eppp, amigo!!... ¡¡Eppp, amigo, paresé un poco!...

La mulita de andar rítmico, no muy lejos ya, impávida, sin inquietarse, seguía marchando acompasadamente por el camino blancuzco, polvoriento... Un nuevo sorbo de vino fortaleció la garganta del sanjuanino, que rompió a exclamar: ¡¡Epp, amigooo!!, ¡epp, amigooo, paresé!... Sólo el eco malicioso contestó otra vez.

Acaso me esté creyendo un saltiador...—dijo—y volvió a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones: ¡eppp, amigooo!; yo soy Tomás, paresé, pu...

Güeno..., paciencia — repitió — lo que es ese me gana a sordo y juego que va curao (1). No quere hablar... Tal vez no pueda, el pobre... También... no ha de ser poco el vino que lleva adentro. Pa mí, que ese no llega a su casa. ¡Quien lo mete a pasarse a la otra banda! Agora parece que quere levantar un poco la cabeza... Se ve que no puede...

—¡Eppp, viejo!..., cuidao que se va al suelo!—dijo por la vez última don Tomás, a corta distancia del viajero mudo y solitario. Al no recibir respuesta alguna de tan misterioso personaje, trató de ganar la delantera cor-

(1) Ebrio.

tando el camino sin encararle, pues reñir no le venía en ganas.

La mula de andar rítmico, impávida, sin inquietarse, marchaba acompasadamente por el camino blancuzco, polvoriento, que iba internándose caprichoso en las primeras quebradas, iluminado por la blanca luz de la pálida luna.

* * *

Aún el véspero brillaba en el alto cielo, cuando don Tomás llegó a una cabaña miserable, oculta entre riscos, donde jamás habíale cogido el alba. El buen hombre pidió hospedaje y pienso para su mulo. Mientras tomaba mate acompañado de una viejuca limpia, pulcra, alegre, retozona, de curtido rostro y dedos sarmentosos, vió aparecer súbitamente, repentinamente una mula... Era aquella mulita de andar rítmico que marchaba silenciosa por el camino polvoriento.

Doña Anastasia lanzó un grito de angustia y exclamó dolorida: ¡Pobre compagre... viene muerto!

Don Tomás, mirando aquel rostro lívido, se heló de pies a cabeza...

El Marquesado (San Juan), febrero 1917.

DEL TERRUÑO

—Ya ven, se ha vuelto a quedar la brasa... Todavía espero otras visitas... En efecto, una brasa negruzca, de apagada lumbre, se ha pegado a la pava que doña Rosario coge cada vez que ceba un mate. Es una seña segura—torna a decir.—Ya estaba sabiendo que ustedes llegarían.

Mos hemos sentado sobre unos banquitos de madera. Doña Rosario, apoltronada en su antigua silla de cuero, nos brinda unos mates calientes, aromáticos, dulces, con un ligero saborcillo a cáscara de naranja. De rato en rato, doña Rosario se acerca más al brasero y agachándose coge una brasa menudita, rojiza y la deja caer dentro la gaveta. Toda la habitación huele entonces a azúcar quemada.

—¿Un pedacito de tortilla?...—nos dice.

—Bueno, con mucho gusto, respondemos.

Doña Rosario destapa una tortilla tostadita que ha cocido al rescoldo.

—El pan de los pobres—vuelve a decirnos

A momentos doña Rosario se queda pensativa y toda la tristeza de su alma, aparece en la sombría resignación de sus ojos negros.

—Siempre triste, doña Rosario, la digo.

—Así es la suerte... Es mi destino... Que sea lo que

Dios quiera... Usted nos conoció hace veinte años... ¿se acuerda? De todo aquello, mire lo que queda...—Doña Rosario señala su catre de tientos, su caja de cedro, las petacas con dibujos en relieve, la vieja mesa de algarrobo...

—Ya ve lo que es el mundo... Aura tengo que amasar y hacer jabón para vivir; pero siquiera Nuestro Señor me concede salú y ese San Roque me aconseja y me da alientos todas las noches — San Roque, un santito de yeso, vestido de blanco, recibe la luz amarillenta de una vela que se consume tristemente.

—San Roque es muy milagroso. Le tengo una fe... Todos los sábados lo alumbro... Así somos las viejas.

La pava, sonando despacito, despacito, ha dejado de sonar. Están como apagadas las brasas cubiertas de ceniza. Es una tarde del caliente enero.

—Está muy avejentada Vd., doña Rosario,—la digo yo.

—Sí, hijo; usted no sabe lo que sufro aquí solita... Solita mi alma...

Doña Rosario enciende un cigarrillo de chala y fuma. Ahora, es un suave olor de anís el que llena la estancia.

—Verdaderamente, muy avejentada — torno a decirla.

—Sí, hijo... Compare usted la vida de antes con la que llevo. No sabe lo que sufro aquí solita, solita mi alma...

—Pero... María ¿no está aquí en La Rioja?

—Ni uno. Aquí no queda ni uno.

—¡Cómo era de buena, Maruca!

—Sí, hijo... cuando chica. Se crió, la eduqué trabajando como una negra, terminó de maestra y un buen día... se fué, se fué no más... Alguna carta me man-

daba al principio; pero aura... parece que no tiene madre.

Los ojos de doña Rosario se han llenado de lágrimas. Se han hecho más profundas las arrugas de su frente morena, de sus mejillas hundidas.

... ...

—Pero... que sea feliz la María; que el Angel de la Guarda vele su sueño.

—¿Carlos está lejos?

—Dicen que en la provincia de Buenos Aires. Es doctor ya... Me han dado la noticia que tiene un consultorio muy lujoso y que se ha casado muy bien. Tampoco Carlos me escribe.

Torna a enmudecer doña Rosario.

... ...

—¿Por qué serán así? No cuesta ni cinco ser bueno. Así hay madres desgraciadas. ¡Oh!... si le contara a usted cómo lo crié de regalón a ese muchacho.

* * *

Se ha ensombrecido el cielo.

La oración.

En las mesadas boscosas canta el kacuy. Doña Rosario empieza a contarnos la triste historia del pájaro errabundo...

La Rioja, febrero de 1918.

LA SUERTE DEL VIEJO...

A mi amigo J. Ramón Balmaceda.

Marcelo tiene una finca a orillas de uno de los grandes canales del Diamante.

—Hombre — decíame, — estoy dispuesto a sembrar zapallos, porotos, maíz y trigo; mucho trigo! Sí, la viña no da más que disgustos. Para hacer vino, de sobra tenemos agua!...

El centenar de hectáreas que constituye la finca de Marcelo, ha sido totalmente invadido por la chilca de follaje untuoso, por la plomiza zampa y por la amarga pichana.

Marcelo ha llevado peones de confianza y ha dividido el trabajo en tareas.

Aquella tarde, mientras íbamos en el coche respirando a pulmón lleno el aire puro, Marcelo interrumpió mi silencio:

—Amigo, luego conocerá usted a mi capataz. Es un criollo buenazo, el más fiel de los peones de mi padre. Pero... ¿creerá usted que le tengo cariño y lástima?...

Resistente a la fatiga, desde muy temprano se le ve recorriendo el campo y observando el trabajo de la peonada. Para él, los intereses del patrón, en primer término.

...Lo que le pasa al pobre viejo...

El otro día le hallé tirado largo a largo, casi entre las

patas de su caballo. ¡Ah!... pícaro viejo! — le dije — ¿con que le gusta el vino?...

Jacinto se incorporó turbado, los ojos inyectados de sangre y me miró vagamente como desconociéndome.

—Perdonemé, niño Marcelo; todos tenemos nuestro lao flaco... Es cierto, estoy curao... ¡Qué quere que le haga!...—respondió después.

—Beba cuanto quiera, pero en su casa; no dé mal ejemplo a los peones—agregué en tono grave.

—Está bien, niño Marcelo... Yo sé que soy un vil, un canalla, un perro, con usté que es el retrato de su papá, el hombre que más i querío en la vida... ¡Qué quere que le haga! Cada uno sabe lo que le duele...

—Castiguemé, botemé, que soy un canalla, un vil, un perro—dijo el pobre viejo.

El cuadro se repitió varias veces.

El domingo pasado, me topé con Jacinto en la ciénaga, venía a caballo, caíale el sombrero sobre los ojos y no manejaba las riendas...

—¡Otro curao más!—exclamé—como para que oyera. Jacinto, al reconocerme, se apió y se puso a llorar.

—Vea, niño Marcelo... echemé, botemé, castiguemé, que soy un vil, un canalla, un perro...

Tengo que chupar... ¡qué quere que le haga! El que sufre, bebe. Yo no puedo aguantar lo que me pasa —dijo.

—Chupe cuanto quiera, pero en su casa, ¿me entiende, viejo?—volví a repetirle, insistiendo.

—En mi rancho, no; ¡nunca más!, niño Marcelo. Yo, yo... yo... ¡Ay! me duele tener que decirle...—respondió.

Jacinto se puso a llorar.

—Vea, niño Marcelo; sólo a usté se lo digo: Yo sé, yo sé... que mi mujer me anda fallando... No me negará, niño, que soy como burro pal trabajo. Mientras duermo solito en la carpa, cuidando sus intereses, ella, la Rosa, ¡quién va a creer!... Ella... ella... Pero el José no tiene la culpa... Es ella, ella, la perronaza, con cuatro hijos...

—Le juro, niño Marcelo, que de la Rosa y de los niños, no va a quedar ni el rastro—así terminó el viejo.

Yo me puse triste.

—Jacinto, váyase lejos, muy lejos,—le dije.—Así estará tranquilo.

Pobre viejo! Aquella vez, al escuchar mi consejo, bajó la cabeza: por el rostro curtido le corría una lágrima...

* * *

Llegamos a la carpa del capataz. Un tordillo de grupa redonda, ensillado a la usanza sanjuanina, hállase a unos pasos de la blanca posada.

Jacinto sale a recibirnos.

—Güenos días, niño Marcelo; güenos días, señor; el gusto de conocerlo.

—¿Qué tal, viejo?... ¿cómo va el trabajo?

—Bien, no más, patrón. Ya i mandao por las provisiones pa la peonada. En aquel cuadro, ya se ha terminao el dismonte. Imos sembrao ocho hitarias. Las mulas son guapazas. No se olvide, niño, de las máquinas.

—¿Y el riego?...

—Regamos mucho. Agora hay agua de sobra. Puallá se nos ha anegao un poco.

—¿Qué tal los muchachos?

—Güenazos todos; solamente al gallego Antonio lo tuve que despedir: era muy descutidor y flojo pal sol.

—¿Le arreglaste la cuenta?

—Sí, niño, le pagué todo. Aquí tiene la libreta.

A ratos Jacinto me mira. Su mirada es breve, humilde, superficial, tímida. En cuanto le observo, baja los ojos, unos ojos pequeños, negros, tristes. Tal vez se imagina que yo conozco a la Rosa.

Jacinto habla despacio y se nota en su acento una sorda melancolía, una honda amargura. Está intranquilo con nosotros. Un suplicio le resulta nuestra compañía.

—¿Es mendocino usted, don Jacinto?—le digo yo.

—Sí, señor; nací pal sú, puallá cerca el Nevao.

Marcelo se ha ido a observar los rastrojos. Me he quedao con el viejo capataz.

Don Jacinto no habla ya: fuma un cigarrillo a lentas chupadas y observa atentamente, amargamente, cómo el humo plomizo se confunde, se pierde...

Yo guardo silencio.

* * *

Algunos meses después nos deteníamos en un rinconcillo umbrío, solitario, silenciosos. Rodeábanlo exuberantes parraledas, perfumadas arabias y tupidos chilcales. A unos pasos del canal y a otros de un sauce centenario, contemplamos un rancho en ruinas. Agujereado

por el granizo y combatido por los ventarrones furiosos, estaba aún de pie.

—Este fué el chocil de Jacinto.

—¿Y la Rosa?... ¿Y los niños?

—¡Ni el rastro!... Ya ves.

—¿Y el pobre viejo?

—Dicen que anda alzao, muy lejos de acá, allí por el Payén, el cerro misterioso...

San Rafael (Mendoza), agosto de 1917.

LA CONQUISTA PACIFICA

La vivienda humilde de Antonio, está a la vera de una acequia bulliciosa, sonora y en cuyos bordes crece lozana la odorífica menta. Es una casuca alegre, tiene la alegría de los chiquillos.

Antonio y Carmen construyeron el modesto nido que les sirve de hogar: cada adobe llevó su gota de sudor y todos llevaron una esperanza. Mirando el rústico ventanal y la primitiva techumbre, nótanse los blancos trozos que dió el álamo piramidal, gigante esbelto que crece en las húmedas márgenes de la acequia incansable.

Ni un palmo de tierra está libre: aquí una mata de claveles andaluces, unos tiestos de albahaca aromática; allí, los rosados geranios, las dalias encendidas, las rosas de fuego, las blancas amapolas; más allá, las viñas, los durazneros, los guindos, los manzanos, los ciruelos...

Con empeño y cariño, los jóvenes esposos—dueños del porvenir—cultivan la huerta pródiga. Antonio ha elegido los mejores sarmientos y abonó pacientemente la tierra floja.

En su hogar sencillo, nada falta: con el producto de la venta de las hortalizas, Carmen compra el rubio trigo que el buen molinero transforma en harina blanca, en cambio de frutas o aves de corral. Carmen amasa apetitoso pan, teje calcetines, cuida sus árboles frutales, desmaleza los plantíos y ama sobre todo a sus hijos. Carmen es morena, tiene los ojos negros, los cabellos como

la endrina y el cuerpo ágil y fuerte. Su risa es franca; su palabra, sincera. Los dos hoyuelos de sus rosadas mejillas, la dan una gracia natural.

Antonio es rubio, coloradote, corpulento. Aun no ha perdido como su mujer, el acento italiano. A primera vista, Antonio inspira miedo, causa alguna desconfianza; pero hablándole, es un niño cándido, ingénuo, el hombre corpulento.

—Y sus viñedos, Antonio,—inquiero yo.

—Este es un bon año: tendremo mucha uva—me responde.

Yo miro los viñedos que ha injertado Antonio. Forman un centenar de hileras de pomposo follaje. Las plantas cargadas de uva, se afirman en triple línea de alambres y alternan, de trecho en trecho, con los copudos duraznneros.

Antonio me da a probar vinos de la última cosecha. El tinto, es agradable al paladar; el criollo, de menos cuerpo, de color rubí, recuerda el sabor de la uva fresca; el moscatel rosado—digno de su fama—es delicioso y el blanco, claro, transparente, perfumado, invita a soñar.

—¿Con tan buenos vinos, usted se achispará muy a menudo?...

—No, siñore; ¡qué'speranza!, tomamo lo nechesario, lo que el cuerpo prechisa...

—Cuando toca el acordeón, toma un vasito más... ¡No e nada!—agrega Carmen.

—Mire, mire!... lo que e questo mondo!—dice Antonio, señalando hacia nuestro frente.

Dos personas riñen.

—¡Marco y Rosa!—exclama Carmen.

—El compatre y la comatre—musita Antonio.

—¡Senta!... ¡senta!...

Yo escucho:

—Sí, ...porque el rancho es de tu tata, me echás como a perro...

—¡Callate, que te has curao con la damajuana que fiaste..., borrachón, sinvergüenza!... ¡Seguí no más!... Te viá a tirar a la cequia...

—Güeno, Rosa, pegame no más... El rancho es de tu tata, la mula es de tu tata, el apero es de tu tata y la Jesús... ¡ay mi hijita!, también es de tu tata...

—¡No lloris, sinvergüenza!... que no es vida la que llevo... ¡Salí, salí, no me abrasís, borrachón!... Aurita te viá a largar a la cequia...

—Ta güeno, Rosa... Pegame, pegame... Me echás como a perro porque el rancho es de tu tata...

¡Ay, madrecita mía!...

—Güeno, vení Marco... Caminá a casa. No lloris, Marco. Caminá a dormir.

—¡No quero, ve! ¡No quero!... ¡No quero, agora! ¡Noi dir! ¿Pa qué me echaste?...

¡Ay, madrecita mía!...

—¡Póvero compatre! ¡Póvera comatre! — dice Antonio. — ¡Ehh!... sono criolli...

Es cierto. Marco y Rosa son criollos.

El rancho donde viven, es un chozo mezquino, un chozo que se cae de pena. Cerca el fogón, un perro flaco. Ni hortalizas ni flores.

Ahora, tendido largo a largo a la vera de la acequia, Marco, el criollo de tez obscura y cabellos sueltos, duerme tranquilamente, dando cara al firmamento azul...

San Rafael (Mendoza), septiembre de 1916.

POR UNA ALAMEDA

Alborada

Una brisa fresca, suave, tímida, acaricia nuestros rostros y nos quita ese poquitillo de cansancio, de pereza que nos dejara el sueño reparador. El aire matinal, saturado de perfumes campestres, nos alienta.

La avenida que recorremos tiene en ambos lados una acequia, cuyas aguas corren apresuradamente formando de trecho en trecho, diminutos saltos y pequeñas cascadas.

Caminamos entre dos inmensos murallones, imponentes, afelpados de un verde sombrío, que nos obligan a mirar hacia adelante, como si esta larga avenida plantada de álamos de tronco recto, grueso y elevado, nos llevara a un país desconocido, a una tierra extraña.

Avívanse impacientes los gorriones en el tupido follaje; algún bichofeo se alegra y sacude las alas, como el gallo de ojo alerta que canta en la alquería. El vientecillo que mantiene en un constante abaniqueo las frescas hojas de los álamos, tráenos un olor a tierra húmeda, un olor a pasto tierno, un perfume de hierbas silvestres, un olor de ramajes verdes, un aroma de tréboles en flor. Aquí, contemplamos un airoso, un bonito, un elegante rosal, que ciñendo su grácil tallo al macizo tronco de un

álamo voluptuoso, y lejos ya de la mano del rapazuelo cruel y vagabundo siempre listo, ora en la cuneta del camino o en los arrietes de los árboles, despierta lánguidamente sus flores deliciosas. Allá, un sauce de apostólica figura, como un profeta eternamente grave, eternamente agobiado, levántase austero, triste, hasta juntar su copa con la cúspide altiva de los álamos.

Las acequias arrastran ramitas verdes, pétalos rosados y corren, corren...

No caminamos un centenar de pasos sin encontrarnos con una de esas casitas lugareñas, tan simpáticas, tan ajenas al ruido mundanal, casitas blancas con parrales a la puerta, rodeadas de frutales y abiertas a la buena amistad.

Ni Luisa, mocetona de ojos negros, ni María Rosa, zagala de labios tentadores, ni Esther, la rubia de bucles aurinos y sedeños, nos han visto pasar.

Lejos, bala tristemente un becerrillo; cerca, irrumpe un perro, que erizando su negruzco pelambre, muestra sus dientes afilados. Junto al perro aparece un hombre, un muchacho de tez cobriza, recio, membrudo, alto.

—Güenos días, señores... ¿No han visto puallá un macho tordillo y tres mulas?...

—Allí, allí están—respondemos, — señalando un sitio donde se distingue un hermoso tamarindo de encarnados ramajes...

El mozo quítase el sombrero, nos da las gracias y sigue su camino.

Yo permanezco un momento contemplando estos álamos magníficos que se estrechan y se abrazan; que absorben el agua dulce de la acequia y fuertes, pletóricos de vida, forman un interminable paredón tapizado de un

verde sombrío, albergue seguro de innumerables pajarillos y potente valla donde el huracán detiene su rauda carrera.

Cual dos líneas convergentes, lejos, allá lejos, parecen reunirse las dos arboladas orillas.

Alborada.

Una brisa suave, fresca, tímida, nos acaricia.

En la alquería, el gallo nervioso, entona su canto triunfal.

San Rafael (Mendoza), septiembre de 1916.

LAS CATARATAS DEL NIHUIL

El auto corre velozmente, vertiginosamente. En la penumbra violeta quedaron los pueblecitos veraniegos de Cuadro García, Cuadro Benegas, levantados a la sombra de los álamos, sumidos en una dulce quietud, en una poética melancolía, en un misterioso encanto.

El monstruo moderno de tremantes fauces, de férrea contextura, de arrebatos impetuosos, rueda fantásticamente, ora se pierde en la imprevista hondonada, ya domina la pendiente áspera; allí da un salto furioso, instantáneo, cual si quisiera librarse de su húmana carga; allende ruge anunciando que va a abarcarlo todo; luego se apacigua, se sosiega, acaso comprende que las blancas manos de una joven de quince primaveras, lo dirigen, lo contienen.

El auto corre velozmente, vertiginosamente...

En estos solitarios parajes que azotan sin piedad todos los vientos, soleados eriales donde la arena blanca, cálida, cubre los tallos débiles, exangües de unos arbustillos amarillentos, en presencia de las cimas, más hondamente se siente el aislamiento y se recoge el alma pensativa.

Hordas de nubes pasan, huyen: van a humedecer los verdosos campos, las verdosas eras.

El auto asciende penosamente, pesadamente, lentamente. Hallámonos en el lugar denominado "Agua de los terneros". El camino está abierto en la roca viva, bordea-

do de colosales murallones e inmóviles peñascos. La dura entraña de los cerros ha dado paso al pensamiento humano!

Aquí, una modesta cruz de tosco leño, indica el sitio donde ocurrió una catástrofe, recodo estrecho constantemente amenazado por enormes bloques que caen a plomo y por las sombrías profundidades del antro. La firme y rosada vía, describiendo largas curvas, pasa de cuesta en cuesta, de peñón en peñón, de cerro en cerro, siempre al borde del báratro temible.

¡He aquí el Nihuil!, el famoso salto, las majestuosas cataratas!

El turbio Atuel avanza cauteloso, dejando tras de sí unas lomas grises, unas colinas desiertas, unos collados lúgubres, unos montículos desolados. Amplio es su cauce, poderosa su corriente. Sus márgenes—que no tienen los cadenciosos rumores de la fronda—se extienden en playas desoladas.

El turbio Atuel, cauteloso, avanza, adivina el peligro, otea el precipicio, estrecha su cauce y con la furia de aquilones en marcha, lánzase al abismo!

La poderosa masa revienta como el trueno terrible; sacúdese contra las desnudas rocas; se deshace en irizados vapores; arroja vellones de espuma y bravía, desbocada, frenética, internándose en el hórrido cañón, va a pegar en un enorme bloque granítico que quiebra su empuje y apacigua su ímpetu. En la cuenca estrecha que cavó su antojo, se revuelve, se agita, se esclaviza en hirvientes, bullidores remolinos y anhelante, salta más allá. Un talud cavernoso la detiene, la oprime, la cambia en finísima bruma; pero la masa turbulenta y obstinada del so-

noro Atuel, vence y salta otra vez, otra vez, como si buscara el corazón magnánimo de la tierra. Abajo, en el fondo misterioso, se oye su bramido; allí se divide en infinitos torrentes que furibundos se desploman. ¿Quién la sigue en su marcha destructora? ¿Qué máquina potente la contiene? ¿Cuál ojo magnético la atrae? ¿Hasta dónde llega? ¿Hasta dónde va? ¿Por dónde brota nuevamente? ¿Por cuál sonora torrentera corre después de salvar el abismo?

La masa hirviente del Atuel, revienta como el trueno terrible. Desde un pelado morro, la veo caer, sacudirse, enfurecerse en profundos remansos, encajonada, ceñida: Es la masa bermeja de un río turbio y torrentoso que baja triunfante de las altas cordilleras!...

Cañón del Atuel (Mendoza), septiembre de 1916.

UNA ACEQUIA

Esta es una de tantas acequias que alimentadas por el caudoloso río Diamante, se deslizan aquí, se introducen allá, y piérdense lejos, entre el verdor esmeraldino de los campos.

—Esta cequia, es mi cequia—dice Abel,—pues ella cruza por casa, riega mis viñedos, mis alfalfares, abreva a mis ganados y es constante como el día, buena como el sol.

Juan, Luis, María, Dolores, todos, afirman que esta acequia, una de las tantas acequias apacibles, les pertenece, porque tráeles sin descanso, su pequeño caudal de aguas bermejas.

—María, haz entrar el agua — dice una viejecita cetrina — María abre un tanto el húmedo borde de la acequia y el agua se precipita por un canalejo, como una serpiente enloquecida, invade la quinta, penetra en los rastrojos, anega los potreros, inunda las ciénagas umbrías y en sonoro chorro vuélcase en la honda represa. Ya los surcos semejan diminutos arroyuelos; las viñas rebosantes de frescura, se avivan, se engalanan; tórnase el follaje más hermoso, más verde. De una rama cae un pintado fruto y de otras muchas, como mariposas, lánguidamente, descienden mil fragantes pétalos. Los renegridos tordos, los mirlos, los jilgueros, los gorriones, se alborozan.

Siguiendo el callejón blancuzco, polvoriento, orlado de grandes árboles, deslízase la acequia en fáciles ondas. Inclinan los sauces sus flecos melancólicos, y alguna rama fina y lánguida, siente el largo beso de las olitas ligeras.

—Qué le parece, don José, ¿tendremos poca agua este año?—pregunta Martín.—No tan poca, hijo, pero hay que aprovecharla bien, porque no ha nevao mucho en la cordillera — responde don José — paisano de pura cepa. Don José, conoce al dedillo los pasos de la cordillera, entiende el lenguaje de los vientos, es arriero y buscador de minas.

La acequia, sin atender las reflexiones de don José, corre, corre, dándose prisa en llegar pronto.

¿A dónde va esta acequia, en cuyas orillas abunda la fragante menta de surgir pomposo, que forma un largo, un estrecho y umbrío bosquecillo?

En cuanto penetra en el pueblo, su aspecto es otro, se despoja de sus silvestres adornos, conservando solamente algunas matas de frescas gramíneas, y por la calle principal o por la solitaria de los suburbios, esta acequia, una de las que alimenta el caprichoso Diamante, corre caprichosamente, tímidamente, perezosamente... Cerca de un rústico portal, un simpático granuja le confía un ágil barquichuelo de papel, navecilla cautelosa que más allá, cae en manos de un arrapiezo vagabundo. Allí, algunos chiquillos penetran en su lecho pedregoso y chapoteando el agua, a galope tendido en sus caballitos de palo, juegan a la guerra...

* * *

Noche plácida, fresca, clara: noche de luna! Los vecinos del pueblo han salido a disfrutar de tan mágico es-

pectáculo, a la orilla de la acequia y bajo el palio turquí del cielo.

Sentados en un rústico puentecillo, Carlos y María, dialogan.

María contempla las risueñas ondas.

¿Qué la dice Carlos cuando pone sus ojos en ensueño?...

San Rafael (Mendoza), noviembre de 1916.

A LOS REYUNOS

Aquella cabalgata nos dejó grato recuerdo. Organizamos la pequeña expedición en San Rafael, pintoresco pueblo situado cerca del torrentoso Diamante y a pocos kilómetros del turbio Atuel, en un extenso valle que si no rodean, atalayan azules serranías.

Eramos doce, ¡digo mal!... éramos trece y el número cruel, fatídico, cayó esta vez en la figura de doña Josefa Adelaida, mi compañera de viaje, dama de rancio abolengo e ilustre prosapia.

—¿A dónde iríamos?... ¡A los Reyunos!—dijo María Esther, — la señorita más elegante del grupo y la menos entrada en años.

—¡A los Reyunos!—repetimos todos,—pues tenía un no sé qué de imperativo, la voz clara de la única hija de doña Josefa Adelaida.

Habíamos conseguido los caballos a duras penas: éste, era de un tal Antonio que los alquilaba a un peso por hora; el zaino, el alazán y el picazo, servían sin descanso a su dueño, un peninsular con dos dedos de frente; los otros, pertenecían a un regimiento estacionado en Cuadro Nacional.

Las señoritas vestían falda azul y blusa blanca; nosotros, a la usanza criolla.

María Esther y Luis, joven porteño estudiante de me-

dicina, capitaneaban el grupo: eran novios. María Esther pensaba, que a su prometido, doncel gallardo, le agradaría el lugar rocoso, abrupto, denominado "Los Reyunos", y más por capricho que por interés de la salud de su señora madre, dió la orden persuasiva.

Emma y Raúl, sonreían maliciosamente, como diciéndose, antes de emprender la marcha: ¡Qué le sucederá a doña Josefa!... ¿Cómo llegará el candidato?... Emma montaba a caballo como una amazona, tenía una gracia cautivadora en su semblante, un natural donaire en sus movimientos y una exquisita soltura en su trato. Raúl, mocetón espigado, de aire sentimental y rostro simpático, gustaba como pocos de los ejercicios hípicos.

Cuando llegó el momento de montar, todos los ojos se clavaron en doña Josefa Adelaida, matrona de sangre azul, de andar lento, de cuerpo voluminoso, gruñona por carácter y aspaventera de costumbre. ¿Cómo levantarla?... El criado que debía acompañarnos, era un hombrecillo paliducho, anémico, tristón, cachazudo, bolo, que se ganaba el vivir abriendo la boca.

¡Difícil tarea! Unos labios moceriles musitaron tímidamente: esta vieja pesa una tonelada...

Doña Adelaida estaba inquieta, ahita de conversaciones y rebuscados melindres, chispeábanle los ojillos... Por fin... Carlos y Pepe se decidieron. Agachados hasta tocar con las manos el suelo, cogieron a la señora de elevada alcurnia por los pies; a la primera voz de ¡vamos!, el pesado cuerpo apenas si llegó a los estribos, no sin antes poner en peligro el pellejo de los ayudantes... Dos y tres veces se repitió la ruda operación, que proporcionaba material a los picarescos subrayados y pican-

tes comentarios, hasta que — a Dios gracias — consiguieron sentarla, muy a despecho de la cabalgadura, animal fogoso, alto, de negra y peinada crín y fino pelaje. Yo me coloqué al lado de doña Josefa, para hacerla compañía: éramos los únicos casados de la caravana y estaba en mí, ofrecerla cumplidos.

Hallábanse a un centenar de metros los primeros jinetes, cuando un agudo y repentino relincho cortó el aire, conturbando el ánimo de la señora, que ya tenía agrio el humorcillo... ¡¡Atajenló!!... ¡¡por la Virgen María!! ¡¡Atajenló!! ¡¡Atajenmeló!!... ¡¡Señora de los Peligros!!... ¡que me quita las riendas!... ¡Dios mío!... ¡Me caigo!... ¡Atajenló!... — gritaba mi compañera, presa de un pánico cerval.

Cundió el alarma. Yo cogí al inquieto padrillo por las riendas, en tanto que unos curiosos formaban corro en torno nuestro. Doña Josefa, perdiendo su natural rubicundez, quedóse pálida, temblábale el pulso, sudaba a mares, se apretaba los labios o murmuraba algo incomprensible.

—¡Está acabado! ¡Ni un paso más!

—...Pero mamá... no seas tan cobarde!... Tú que eres tan lista, tan despabilada!... ¿Qué vergüenza!... asustarse porque el animal relincha...

—Oyeme, Esther: ¡Ni un paso más! Si tu padre estuviera vivo, te prevengo que ponía en vereda a este caballejo inmundo.

—...Pero, mamá... no seas terca... no te enfades... ¿Cómo ha de quedar todo en la nada?

—¡Que no quiero y basta! Yo soy quien manda.

—...Pero, mamá... ¡qué papelón!... Pero, mamá...

Pero, mamá... ¿Y Luis?... Reñirá conmigo... ¡Pero no importa!... Tú serás la culpable.

—Cállate, niña... me decido: en mis buenos tiempos, paseábamos con tu padre, a galope suelto. Además, este señor es muy amable, cuidará de mí todo el camino.

—¡Oh!... sí, señora; disponga usted de mí — agregué yo.

* * *

El cielo estaba humoso, torvo. La carretera, tendida en línea recta, iba a esfumarse lejos; una hermosa alameda la seguía por una de sus bandas, ocultando a nuestra vista los sotos umbríos.

¡Cómo no admirar estas verdes praderas, estos campos pródigos, estas graciosas pobladas de viñedos, invadidas por tupidos durazneros!—decía yo a doña Adelaida, que llevaba un rostro grave, un ceño sombrío, un aire tétrico.

—¿Qué tiene usted, señora? ¿Está usted enferma? ¿Se siente usted mal?

—¡Ah!... señor, el trote inglés de este caballejo inmundo acaba conmigo. ¡No puedo más, señor! Tengo las vísceras revueltas! ¡Dios mío! Por qué no se lo dieron a otro... Este pájaro corre desalado.

—Marchemos sin darnos prisa, señora. Ya se lo había hecho notar...

—¡Qué quiere, señor; no puedo abandonar a mi hija Esther, en manos de ese joven!... Repare usted: se nos han perdido de vista... Es él muy caballerito, muy decente, correcto y tímido como un cordero; pero... usted sabe lo que somos las madres...

—Es cierto...

—Créame, señor; no puedo más! Tengo aquí una puntada terrible!... Mi vientre está deshecho! Detengámonos, señor.

Hicimos alto. Nos hallábamos en uno de los callejones umbríos, encantadores, de la villa Veinticinco de Mayo, a unas cinco leguas del punto de partida. Innúmeros rosales entrelazados en los rústicos setos, con el pálido, amarillo, rojo, húmedo tinte de sus flores, matizaban el verde lleno de las frondas.

—¿Una taza de menta, señora?

—Prefiero un poco de agua.

Ya me siento más aliviada. Le advierto, señor, que será éste nuestro último paseo. Póngase usted en mi lugar... una señora como yo, de mis años y metida en tan cruel aventura... No tiene la culpa el caballo, así le han enseñado a trotar... ¿Quiere usted que cambiemos?

—Pero... esta yegua es dura de boca y espantadiza...

—¡Ah!... no, no! ¡Dios me libre! Lo que siento es que todos se han alejado. ¿Falta mucho aún?

—Algo más de una legua.

—¡Jesús!...

—Y la senda no es de las mejores, llena de altibajos, oquedades peñascosa...

—¡Dios me ampare!

Una chicuela desgreñada, sucia, los pies desnudos, la vestimenta hecha jirones, presentó a doña Josefa Adelaida, un jarro tosco, de carcomidos bordes: un jarro sin oreja...

—Sírvase, señora.

—¡Ay!... hijita, ¿no tienes de otra?

—Es de la cequia; es linda... está filtrada.

Contenía el jarro un líquido turbio, en cuya superficie flotaban diminutas pajuelas.

Doña Josefa hizo un mohín de disgusto y apuró cuanto había.

¿Y la difteria? ¿Y la tifus?...

—¿Qué le parece, señor?... ¿Me habré envenenado?

—Lo dudo. Piense usted que esta pobre gente la bebe y sin mayores peligros.

—Estoy afligida, señor. Mi niña... No es posible dejarla así... ¡Qué dirán nuestras relaciones! Me dispongo otra vez al sacrificio.

Acudí en busca de dos hombres: eran dos paisanos recios, morrudos. En un abrir y cerrar de ojos, doña Josefa se halló bien sentada, riendas en mano.

El cielo estaba humoso, torvo. Partimos.

* * *

—¡Los Reyunos!—dije yo,—señalando unos cerros macizos, mondos, de intrépidas pendientes, de escabrosos flancos, erguidos como baluartes seculares, abiertos en paralelas brechas por la furia de las aguas salvajes. En vano buscó la vista fatigada los frescos sotos y el sauzal amigo.

A la vera de un chocil, nos aguardaba la alegre comitiva. Nuevamente los ojos se clavaron en mi ilustre compañera.

—¡Pobre doña Josefa!... ¡Cómo traerá las posaderas! —pensaba Raúl.

—¡Mamá!... ¡Mamita!...

—¡María Esther!

—¿Cómo has llegado? Bien, ¿verdad?

—¡Bien molida, hija! Estoy a la miseria.

—¡Qué cosa!

—¡Qué desgracia!

—¿Saben ustedes que mi sobrino ha gastado conmigo una broma pesada? Pues, el muy bribón ha elegido para mí un animal que trota... ¿Dónde está Guillermito?

Todos nos mordíamos los labios para no soltar la risa, a excepción de María Esther y su novio. Luis miraba tristemente a su futura suegra.

—Véalo... allí, allí sobre aquel peñón como un cabro, está con Rosa...

—Ya saldaremos cuentas...

Algunos quedáronse a descansar.

El criado fué a encender la lumbre.

Raúl compró dos yuntas de chivitos.

Con Carlos decidimos hacer un pequeño reconocimiento. Nos internamos en una angosta quebrada, garganta áspera, de piso abrupto, lecho de un tímido hilo de agua que resbalaba lentamente formando aquí, acullá, unos hoyuelos insignificantes.

Enormes grutas milenarias, temerarios riscos, escarpadas cuestas, serenos barrancos, solitarios mogotes, compactas y vetustas moles, despeñaderos sombríos, acantilados murallones acribillados de cuevas y hendiduras, calveras recónditas, inhóspitas hondonadas, pavorosos precipicios, obscuros antros, contemplábamos absortos.

Trepamos la alta sierra, atentos a una huella tortuosa, difícil, que bordeaba báratros y desafiaba gigantescos desgarrones. Por allí los cabritos inocentes, libres, dueños de las duras escarpas, iban tirando cornadas al aire, retozones, ligeros, ágiles. Sombreados helechos escondíanse entre las musgosas grutas. Humildes cactus, desaparramados

al azar en las áridas laderas, semejaban toscos candelabros.

Desde la primera cumbre, dominamos el hondo valle, la campiña desierta, el camino ondulante, las quebradas vecinas y la garganta obscura situada a nuestros pies.

* * *

Todo encontramos listo. Una gruta que formara la indócil corriente pasajera, una gruta torva, huraña, sin recuerdos de manos primorosas, nos albergó. Nos sentamos sobre la fina arena. La señora Adelaida, había cobrado ánimo. El joven porteño estudiante de medicina, tenía una cara plácida. María Esther estaba tristona, desganada. Emma, Juana, Rosa, parloteaban...

....

....

Y después de saborear la tierna carne de inocentes cabritillos, jugosas frutas y vino perfumado, nos tendimos a lo largo, sobre la arena fría, a recordar, a olvidar, a reir, a soñar...

San Rafael (Mendoza), diciembre de 1917.

POR UN SENDERO DE CABRAS

La mula de Nicanor, primorosamente enjaezada, hállase a la puerta del rancho, bajo la fronda olorosa de un corpulento terebinto. Es una mula nerviosa, de vientre escaso, de extremidades finas, menuda, inteligente. Tiene a la frontera un plumerillo formado por una decena de hilos de cuero; una lonjilla bien sobada la adorna el pecho. El apero es alto y remata en varios pellones blancos, suaves, mullidos.

La mula está atenta; sus orejas son puntiagudas; su cabeza es pequeña, su grupa, redonda.

Aparece Nicanor.

Nicanor es un mozo de veinte años, enjuto, más bien bajo. Sus ojos hundidos tienen mirada de águila.

Nicanor calza unas botas de plegada y lustrosa caña; lleva un sombrero aludo que le obscurece la frente; trae un poncho de guanaco a la espalda, un puñal en la cintura y un talero en la mano.

Nicanor viene pensativo. La mula lo mira, lo interroga, lo comprende...

Llega. Ha cogido ya las riendas, el cabestro y tiene el pie en el labrado y macizo estribo de madera.

—No tardís mucho, hijo—le dice una viejuca morena.

El mozo, como atento a una idea fija, apenas si ha sentido esas tiernas palabras.

La viejuca morena está haciendo arrope de uva. Mientras revuelve el denso, negruzco y oloroso líquido, musita: la Mercedes, ya no viene a verme desde que Nicanor la visita; ya es otra... Pa falsas... las rubias...

* * *

La Mercedes, Mercedita, es pálida, erguida; luce unos ojos verdes, unas pestañas crespas; ojos verdes, melancólicos; pestañas crespas, sombrías, negras. Lleva el tocado en raya central y prendido el bajo rodete con una cinta punzó. Mercedita es pálida, es triste, es buena.

A orillas del Atuel sonoro, vive la Mercedes con el tío José, viejo castellano garboso, sencillo, humilde. Mercedita es huérfana. El tío José tiene sus rastrojillos de maíz, sus buenas cepas, sus frutales. Mercedita cuida un hato de cabritillos blancos, prepara la dulce chicha de uva y de tarde en tarde, moldea tiernos quesitos de cabra.

El tío Pepe está chocho con Manuel. Ha dicho que será el esposo de la Mercedes.

Manuel viste como en su tierra; es diestro y avezado en los menesteres del campo; ha reunido su pequeño capital a fuerza de sudores, y tiene el ánimo resuelto, sano el espíritu. Manuel frisa en los treinta años.

¿Y qué piensa Mercedita?

La Mercedes ama al mozo criollo, enjuto, de mirar de águila; pero ¡ay! ese su amor está condenado como una planta, a la sombra: es un amor oculto, hondo y tiene la tristeza de todo lo imposible.

Mercedita es huérfana.

Mercedita es pálida, es triste, es buena.

* * *

El rostro del tío Pepe muestra una inquietud misteriosa.

Mercedita, trémula, medrosa, contrita acaso por un tenaz remordimiento, no ha mirado a Manuel, no ha mirado a Nicanor. Estremécese la zagala rubia, pensando que el mozo criollo, a quien ama en el largo silencio de sus horas de pena, lleva a la cintura afilado puñal. Manuel, Manuel, es inocente—se dice—Manuel no tiene la culpa; el tío Pepe tampoco...

El tío Pepe está pensativo.

¿Por qué no habla Nicanor?

¿Cuál es la causa del mutismo de Manuel?

—¡Vamos, mujer... bríndanos unos vasos de vino!...

... ...

¿A quién acercarse primero?

La Mercedes ofrece la agradable bebida al íntimo de su tío.

Un chispazo de alegría ha encendido los labios de Manuel.

Nicanor recibe un vaso también; pero ese vaso lleva el acíbar del desengaño...

Mientras la joven está de pie, Nicanor se la come con los ojos.

Manuel coge la guitarra y toca alegres jotas, voluptuosas peteneras...

El tío Pepe se ha sentado junto a Manuel.

Airosas malagueñas y tonadillas serranas, cantó el novio de la Mercedes.

Nicanor, herido en su amor propio, dirigiéndose a su rival, dijo: Prestemelá un poco, compañero, tal vez no me falle la mano...

Al compás del rasgueo triste de una cueca, Nicanor habló a su amada, como lo hiciera tantas veces, allí sobre el poyo rocoso, a la vera del regazo cristalino, sombreado de negruzcos setos:

Me privaron que te viera...
Sería por verme llorar.
¡Como si la ausencia fuera
remedio para olvidar!...
Remedio para olvidar
Acaso me quede así,
lejos, muy lejos, solito
llorando siempre por tí.

* * *

Por un sendero de cabras torna Nicanor. Es la hora cárdena. Báñanse los cerros de azulejos tonos y se llenan de sombras los cactus que forman como cimeras en las moles ásperas.

El sendero de cabras, cual un hilillo invisible, recorre la abrupta cuesta.

Nicanor no ha tomado el camino de siempre, orlado de fragantes arabias, ha elegido una senda casi borrada, larga, silenciosa, senda que hundiéndose en recuestos y holladas, llega también a su rancho.

¡Camino de cabras!

La mula, menudita, sagaz, inteligente, a medido paso avanza espiando las curvas, observando los boches y piedras, atisbando las aristadas moles.

Nicanor ha buscado la soledad misteriosa de los cerros.

¿Qué es lo que se dice?

¿Qué se cuenta a sí mismo?

Aquellos versos que cantaba a la hora anaranjada de la tarde, por la callejuela sombría, junto al poyo rocoso, tornan otra vez a su memoria:

¿Dónde estará mi cielo?...
  ¿Dónde estará?
Si está en brazos de otro dueño,
ya de mí se olvidará...

Cañón del Atuel (Mendoza), febrero de 1918.

EL BUEN VINO...

La noche es obscura. El airecillo perezoso se ha helado a la intemperie. Aun los gallos no han sorprendido la primera mirada de la aurora.

—¿Oyes?—la digo.

—Parece que cantan—me responde.

Y los dos escuchamos atentos.

Yo recuerdo aquellas noches lejanas, noches que no volverán... el violín, la vihuela, el tonito triste, los ojos de la amada...

—¿Sientes?—torno a decirla.

—Sí, sí; son dos los que cantan,—musita ella a mi oído.

En sus alas frías, el airecillo perezoso nos hace llegar el melancólico timbre de dos voces, la una grave, honda, llena, como una súplica; alta, aguda, resuelta, amorosa, inspirada, la otra.

Y nuestros corazones se detienen un instante.

Y nuestros ojos se cierran un segundo...

¿Por qué nos llega al espíritu esa canción que brota de dos labios trémulos?

—¿Escuchas lo que dicen?

Vidita mía...
Vidita mía.
¿Pa qué me has hecho penar?...
Cuando me muera...

Cuando me muera...
Vidita mía,
De noche y día
Te ha de pesar...

... ...

Nos quedamos tristes, pensativos, mudos.

¡Oh!... el misterio de aquellas noches lejanas, noches que no volverán; el violín, la vihuela, el tonito triste, los ojos de la amada...

... ...

... ...

Atravesamos unas calles polvorientas, pavorosas, puestos los ojos en una lucecilla parpadeante.

Cautelosamente nos detenemos en el cercado de un chozo mezquino.

Ya se escuchan más claras las dos voces, la una, siempre baja, honda, quejumbrosa; la otra, alta, aguda.

Vidita mía...
Vidita mía.
Pa qué me has hecho penar?...
Tarde o temprano,
Tarde o temprano,
Vidita mía,
De noche y día
Te ha de pesar...

¿Quienes son los que cantan? Nadie interrumpe a los copleros. Este, es bajo, cenceño, lleva un poncho gris a rayas coloradas y grandes espuelas; su compañero — que pulsa la guitarra — tiene maliciosamente el sombre-

ro sobre los ojos. Antes de comenzar la letra, los dos musitan palabras que no llegan a otros oídos, componen la voz y beben un trago de vino.

Gritan, aplauden, zapatean los concurrentes y alguno se abraza al cuerpo de los payadores.

El chozo mezquino, es de Juan de Dios, el carretero.

Juan de Dios ha invitado a sus amigos a una fiesta.

Y la alegrona comenzó con la noche.

... ...

La Pepa, cogida de la chispa sedante, ha enlazado sus brazos al cuello de Juan de Dios.

En las faldas de José, una moza duerme dulcemente.

Los versos que cantan son para Rosa.

La Rosa es morena, bajita, tiene los senos abultados y en los labios y en las mejillas, un ligero tinte rosado.

¿Quién no bailó una cueca con la Rosa?

—Tomá, vidita otro poco...

—Güeno... con la mitá...

La mocetona, que mira el pretendiente cara a cara, apenas si moja los calientes labios. Rosa baila, pero... no bebe.

¿A cuál virtud del noble vino, teme Rosa, la morena?

O es que el carretero, que canta con voz aguda, bebe por ella?

* * *

La mañana surgió gris. Los nublados avanzan sigilosamente y cubren de plomo los primeros cerros azules, los últimos picos nevados.

Helóse el agua que ayer murmuraba en las acequias.

Aun suena en el chozo mezquino de Juan de Dios, la guitarra alegre.

Sentados a la rueda de un fogón, los carreteros amigos, toman mate.

Pepa, Eloísa, Juana, se han rendido.

Solamente la Rosa está fresca.

Juan de Dios ha ido a comprar una media res de oveja y otras damajuanas de vino.

El novio de la Rosa, arde en deseos.

Un viejecito de raído poncho, coge la guitarra y toca un estilo cuyano, de aquellos aires del tiempo mejor.

Han llegado Antonia y Dolores. Antonia tiene el rostro picado de viruelas, los ojos grandes, larga la trenza, macizas las piernas.

La Dolores es una rubia donosa.

... ...

La mañana surgió gris. Los nublados avanzan sigilosamente y cubren los primeros cerros azules, los últimos cerros nevados!...

* * *

Acodado en un balcón, les miro pasar. ¡Son ellos! Son los mismos, los rústicos carreteros que se divertían en el pobre rancho de Juan de Dios. Esta vez van de viaje. ¿Bajo cuáles álamos, bajo cuáles sauces, detendrán la marcha?

Los carros atiborrados de sendos cascos de vino, ruedan silenciosamente, al paso firme, corto, tranquilo de las recuas.

Cúbrense los caminos de pesado polvo.

¡Maachooo!... ¡Maaachooo ijuana!... — se oye —

mientras el conductor enhorquetado sobre un mulo pelinegro, grave, taciturno, huraña la sombría faz, revolea continuamente el largo látigo, aguijoneando a un tiempo los ijares de la bestia.

—¡Machooo!.... ¡Maaachooo!... ¡Maachoo ijuana!

Son los mismos de ayer, los de siempre, los rústicos carreteros con quienes nos topamos todas las mañanas, todas las tardes.

¿Por qué les persigue la rauda locomotora?

Como criados bajo un mismo techo, se asemejan, se parecen los unos a los otros. Ancha faja rojiza les ciñe la cintura. Han elegido el mismo sombrero que imita el color humilde de la gleba, sombrero de hundida copa y grandes alas.

Las mulas, sujetas por los resistentes atalajes, caminan agachando la cabeza, como resignadas bestias sometidas al imperio de la fuerza.

—¡Maachoo!... ¡Machoo trompeta!...

Caminan lentamente las mulas del carretero montañés. Todas van bien acicaladas con flequitos de cuero y trenzas carmesíes.

—¡Maachooo!... ¡fiiit!... ¡Macho ijuna!

Los carreteros pasan.

¿Qué tienen?

¿Cuál pena ahora les amilana?

¿Cuál aguijón les hiere?

Acodado en un balcón les miro pasar: van serios, adustos, tristes, revoleando mecánicamente el látigo rudo, desgreñada la cabeza, empolvado el rostro, fría la mirada...

San Rafael (Mendoza), junio de 1916.

EL PUESTERO

Moisés, un turco simpático de bigote negro y ojos grandes, sonríe maliciosamente detrás del mostrador. Los paisanos toman la copa y charlan.

Es un día domingo.

Absalón se ha reunido a un grupo de montañeses. Entran y salen mujeres y pilluelos. Los dependientes, en mangas de camisa, van, vienen, tornan a salir, se pierden, vuelven.

Detrás del mostrador, sonríe maliciosamente, Moisés, el turco simpático de bigote negro y ojos grandes.

Afuera, dos peones gritan, se insultan. Los curiosos fórmanles corro.

Llega el comisario.

... ...

—¡A ver!... ¿Qué hay?...

—Es que señor... yo tenía un risintimiento con éste...

—¿Y por qué, pues, decí...

—Es que, señor, éste la ha engañao a mi hermana...

—¡Bueno! ¡A ver los cuchillos de ustedes! ¡Denmé tamién los taleros! ¡A sopapiarse agora!...

Entran y salen mujeres y pilluelos. Los dependientes en mangas de camisa, van, vienen, tornan a salir, se pierden, vuelven.

Un hombre alto, moreno, pasa junto a mí haciendo rodar las espuelas. Un talero de pesado cabo de plata, le cuelga del puño.

El hombre alto, parece joven; tiene las mejillas cubiertas de negruzca barba, descuidado el bigote, el cuerpo musculoso. Calza bota de potro. En el borde de las cañas, lucen las ataderas rojizas.

El hombre alto, moreno, que lleva sombrero aludo con barboquejo, pantalón medio sucio y saco cubierto de polvo, llega al mostrador. El turco Moisés, se deshace en atenciones.

—¿Quí dice, don Mamerto?... ¡Tanto tiempo qui no ti haces ver!...

—Imos bajao a hacer las compritas...

—¿Quére tóma álgo?...

—...Güeno...

—Don Mamerto..., lindo marchante. A ver, che, sirva un rifresco.

—Tomaremos el rifresco. Y qué se dice puacá... ¿no han venío los otros?

—Sí, cómo no!; ellos infaltables. Allí están con joven Absalón.

—¡Ta que son ventajeros!...

Cuando el hombre alto, moreno, echa mano a su tirador salpicado de grandes monedas de plata, el turco Moisés, se impacienta y dice: ¡No faltaba más!... ¡No cobre! ¡Cuenta mía! A ver, che, sirva otro rifresco a don Mamerto.

—Güeno... tomaremos otro rifresco.

—Hoy tengo lindo surtido... todo lindo, barato! Vendió muchos cueros, don Mamerto?

—Unos poquitos...

—¿Y las cabras?... Lindas, gordas?

—Regulares, las cabritas.

—Hoy vende cara pluma choike.

—I vendío algo, tuve un poquito. Agora no salimos a boliar.

El hombre alto, moreno, en cuyo tirador se ciñen las boleadoras de piedra, mira despreocupadamente a los otros paisanos que toman la copa y charlan. El hombre alto, se para bien. Sujeta del tirador, una plancha corrediza, de cuero, le cae sobre los muslos; por tal plancha resbala el caliente lazo cuando tira de pie.

—Con permiso, don Moisés.

—Siga numás, don Mamerto.

—¡Ta que son ventajeros! ¿No imos quedao en juntarnos en lo de Aguirre?

—Sí, pues; pero timos esperao un güen rato.

—¡Cómo le va, amigo Absalón!... ¡El gusto de verlo!

—¡Hola, querido Mamerto! Por fin cayó el mozo tientudo... ¡en el recao!—se entiende.

—Güenazo es pa tirarlas...

—¿Cuándo has llegao?

—Reciencito, no más.

—¿Y la Luisa y tus chicos?

—Todos güenos, gracias a Dios.

—Hombre, siempre me estoy acordando de vos; no sabís lo que te quiero.

—Y yo igual. El otro día, cuando pasaron los carros de Gómez le íbamos a mandar unos güevitos de choike (1) y unos quirquinchos. ¿Siempre vive en San Rafael?

(1) Avestruz, suri, ñandú.

—Sí, hombre; pero no has cumplido tu promesa de visitarme.

—Es que vivimos tan lejos... Lejazo es pu...

—¿Hay muchos guanacos ahora?

—Agora hay pa rodiar de cientos... ¡Pasan unas tropillas que asustan! ¿Y por qué no ha güelto al rancho? ¿Qué le dieron que no ha güelto al rancho?

—Los trabajos políticos me tienen crucificado. Cada rato ¡a Mendoza! ¿No sabís que el tío es candidato, ahora?

—Así andan diciendo...

Absalón me lo presenta al hombre alto, moreno; al hombre aquel que pasó junto a mí haciendo rodar sus grandes espuelas.

—Este es el célebre Mamerto, el mozo más rico de Ponóntegua (1) y el más baquianazo de los nuestros: Fijate que se conoce todo, palmo a palmo, hasta el Payén. Con éste, cazamos guanacos en el Nevao.

—¿Te acordás, Mamerto, cuando el cerro me desconoció y nos quedamos a obscuras en pleno día?

—Así no más pasa. El cerro es medio maula. Algunas veces, de estar no más se llena de nublaos...

Mamerto nos invita a tomar una vuelta. Los otros montañeses que hablaban con Absalón, siguen charlando y bebiendo.

—Este Mamerto no se dejará cortar la cabeza por cien mil pesos...

—¡Quién sabe! Agora los tiempos están malotes.

—Pero... vendiste muchas vacas y muchos cueros, eh? Así me han dicho.

(1) Rastro de perro.

—Sí, unas poquitas...

—¡Miralo cómo se agacha! Pa qué decís vaquitas, cabritas, si sos más rico que Anchorena?

Detrás del mostrador, sonríe maliciosamente Moisés, el turco simpático de bigote negros y ojos grandes.

Costa del Atuel (Mendoza), abril de 1918.

Macho, alazán y tuerto. — El peleador y el león. — El santo milagroso... — El primer podador. — El macho negro.

A D. SAMUEL SALINAS.

Mi amigo, buen viejo sanjuanino, con quien pasamos gratas horas tendidos a la vera de la acequia, recordando antiguos cuentos, viejas historias...

MACHO, ALAZAN Y TUERTO...

(*Cuento sanjuanino*)

Y los tres hermanos echaron a andar cuesta arriba, rumbo al Juzgado de Paz.

Remigio, el mayor, tozudo y de genio agrio, había salido con las primeras estrellas; Tomás, de perfil garduño, empacón y díscolo, ensilló su mula al escuchar el segundo canto de los gallos; y Juan, que no era tornadizo y sí dócil, bonachón y curioso, puso el pie en el estribo cuando amanecía.

Remigio iba cavilando, cavilando, ajeno a todo lo exterior. Solamente cuando la mula llegaba a un repecho bronco o se resistía a salvar un zanjón peligroso, Remigio miraba el caminejo de herradura.

Faltándole pocas leguas para llegar al hermoso valle de Calingasta, escuchó Remigio, el sonoro galope de una bestia. En el Ojo de Agua, alcanzóle un hombre montado en un macho obscuro. El hombre vestía chaquetilla plegada, bombachas; llevaba sombrero aludo y botas negras.

—Güenos días, amigo... ¿Nuá visto por el camino un animal mular?

—Noi visto ninguno, amigo; pero más allá vienen otros, preguntelés a ellos...

—¡Adiós, amigo! y disculpe.

—¡Que le vaya bien!

Remigio, cavilando, cavilando, tornó a emprender la marcha por el áspero caminejo de herradura. Picó espuelas el otro a su mulo y se perdió a lo lejos, en la inhóspita hondonada.

Tomás venía reconcentrado en sí mismo y pitando a lentas chupadas. En el Zanjón, oyó que le gritaban y se detuvo.

—Güenos días... Digamé, amigo, ¿nuá visto por el camino un animal mular?

—Noi visto ninguno, amigo; pero más allá viene otro, preguntelé a él, tal vez le dé razón.

—¡Adiós, amigo, y disculpe!

—¡Que le vaya bien!

Afirmándose en el apero alto, cubierto de mullidos pellones, don Ramón puso espuelas de nuevo a su macho y arrebujado en suave manta de vicuña, tornó a galopar. Durante largas horas aguijoneó al paciente bruto, hasta que, cercana la noche, paró al borde de una peña.

Aproximábase Juan por el pedregoso caminejo de herradura. Montaba un macho zebrano, redomón y de orejas señaladas. Juan era un mozo de rostro barbinegro.

En llegando a la peña, se tendió a la izquierda el mulo redomón, súbitamente espantado. El jinete ajustó las piernas e hincó las rodajas.

—¡Machoo... ijuna!... ¡No lo ven!

—Disculpe, amigo; no sabía que era mañero.

—Güenas noches, amigo...

—Muy güenas sean. Le viá a molestar, amigo. Digamé ¿nuá visto por el camino un animal mular?

—Animal mular... Animal mular... Animal mular... Animal mular... Animal mular ¿ónde ti visto?...

... ...

—Digamé, amigo, ¿es un macho?

—Sí, amigo; macho es.

—Animal mular... Animal mular... Macho... Maachoo... Macho ¿ónde ti visto?...

... ...

—Digamé, amigo, ¿es un macho alazán?

—¡El mesmo! ¡El mesmo, amigo! ¡Ya está! Güeno, digamé agora, mi amigo, ónde mesmo luá topao.

—Animal mular... Animal mular... Macho... Macho... Alazán... Alazán... ¿ónde ti visto?

... ...

—Digamé, amigo, ¿es un macho tuerto?

—¡El mesmo! ¡El mesmo! El mesmo, amigo. Es un macho alazán, tuerto y carguero. Agora digamé ónde mesmo luá topao.

—No loi visto.

—Haga el servicio, amigo; le vió a pagar la changa...

—No loi visto.

—Pero... ¿cómo es eso, amigo? Agora me está queriendo robar el macho?

—No loi visto. Pa qué vuá mentir.

—¡Sabe que está güeno!...

... ...

—Decí, hombre, ¿ónde luas topao?

—No loi visto. Güeno, ya me voy...

—¡Parate, trompeta! ¿Onde has encerrao al macho! ¡Sabe que está güeno! Agora... ¿vos sos el dueño del macho? Metete no más... Si no decís a las güenas, vas a decir a las malas. Agora me vuelvo pal Juzgao y te demando...

—Y demandemé, pu... Yo tamién voy pal Juez...

... ...

Entrada era la noche. Presentaba el cielo un aspecto hermoso, coloreado de azul negruzco y tachonado de estrellas brillantes.

* * *

—Aquí me tiene, don José María. Vamos pasando con una carguita de vino.

—¿Y qué novedades tenís, hombre?

—¿Y qué más novedades que i venío a demandar a un trompeta que me ha robao un macho carguero!...

—¿Y tenís pruebas?

—Las tengo.

—¿Cómo es el macho?

—Es alazán, es carguero y tuerto para mejor seña.

—¿Tenís seguridá?

—Sí, pu; yo mesmo loi amansao.

Campiándolo, me topé primero con un mozo; le pregunté si lo había visto y dijo que no. Mucho después me topé con otro y tampoco. En la Peña me encontré con un muchachón malacara y traza de trompeta. Por las señas que me ha dao, ése me tiene el macho.

—Güeno, Ramón; desensillá bajo aquella ramada y aguardate un poco.

—Pa mejor, el ratero tamién viene pal Juzgao...

En cuanto se apeó el mayor de los hermanos, el juez dijo al viejo arriero:

—¿Este es el ladrón?

Remigio temblaba.

—No es, don José María; pero tiene la mesma pinta, repuso don Ramón.

Más tarde llegó Tomás y presentóse ante el señor juez, sombrero en mano.

—¡Vení pacá!... Decime, ¿vos has robao un macho alazán, tuerto?

—No, señor.

—Tampoco es éste, señor juez. Ya vendrá el otro. Parece que los tres andan peliando por una herencia.

Al día siguiente, apenas Juan puso pie en tierra, dos milicos de uniforme multicolor y raído, cogíanle fuertemente por los brazos.

—Traiganmeló pacá al trompeta. Yo le viá a enseñar a agarrarse lo ajeno.

—¿Cómo te llamás, trompeta, facineroso?

—Juan Cisneros, pa servirlo.

—¿Has visto por el camino un animal mular?

—¿Es un macho?

—Sí, es macho.

—Güeno... ¿es un macho alazán?

—Sí, es alazán.

—¿Y tamién es tuerto?

—Ya ve, señor juez, cómo es éste el que me ha robao el macho.

—¡Güeno! ¡Prontito! ¡Prontito! ¿Dónde está el macho?

—No loi visto.

—¡Sabe que está güeno! Si no avisás, trompeta, te va a salir la viuda. ¿Cómo sabís que es un macho?

—Yo venía por el camino y me fijé que un animal mular se había meao pa delante, pu es un macho. La mula mea pa trás...

Con la fácil salida, salada y picaresca del montañés, alegróse el rostro seco del funcionario.

—¿Y cómo sabís que es alazán?

—Rastreandoló, llegué hasta onde mesmo se había revolcao el macho y me fijé en los pelos de esa color que quedaban.

—¡Aham!

—¿Y cómo sabís que es tuerto?

—Es que el macho iba comiendosé los yuyos de un mesmo lao del camino...

—¡Sabe que está güeno, esto! ¿Has oído, Ramón? Este mozo no te ha robao el macho.

—¿Y cómo no te has explicao, pu hombre?... ¿Pa qué me hacís galopar de vicio? Hace tres días que lo ando siguiendo...

—¿Y cuándo me ha preguntao, pu?...

—¿Onde anda el macho, agora?

—No loi visto.

San Juan, enero de 1917.

EL PELEADOR Y EL LEON

—¡Que se venga el malo, el güenazo!... Yo le viá a enseñar. A brazo partío tiene que ser.

¡Qué ganas le tengo! Lo garraría así, así, así. Golpe más golpe hasta que saque la lengua. Después, lo ensarto!

Pero la bestia feroz, el puma de cuerpo elástico y morrudo, no aparece, no llega. Hilario, alargando el cuello, otea los vericuetos, observa los senderos y tras largo escudriñar, torna a preguntarse: ¿Onde estará el güeno?... Hilario se ha sentado. Las cabritas deshojan pequeños arbustos. De rato en rato, se siente el estornudo seco, nervioso, del chivato de ojos encendidos, señor de la majada. Cerca, corre bramando entre las piedras, el torrentoso río San Juan.

Hilario se levanta y silba.

Ahora, tornan a vagar las cabritas de Hilario. El pastor, vestido de harapos, las sigue de cuesta en cuesta, de peña en peña, de cerro en cerro.

Veinte años tiene el pastor y es muchacho feo y morrudo.

* * *

De noche. En una taberna beben, don Juan, el arriero y Nicomedes, el domador.

—A ver, Hilario; contá algo... Vos que sos del cerro...

—¡Y qué queren que sepa yo! Cuentos de cabras, solamente...

—Güeno, de esos, esos son lindos.

—¿Y no dicen que te has hallao un tapao en el cerro? Dicen que eran de las monedas blancas y amarillas...

—¡Amalaya! Jamás hallé un cobre. Agora ni poncho tengo... Está malazo el tiempo.

—Servite, Hilario, y empezá el cuento. ¿Cómo jué?

Hilario bebe unos tragos de vino, se para, frunce el entrecejo, echa hacia atrás su sombrero sucio y agujereado y empieza:

—¡Hum! ¡Hum!... Jué que me pelié con un león...

—¿Con un león, che, eh?

—¿Lo baliaste?

—Con un león, jué y a brazo partío.

—Vamos a ver. Empezá no más. ¡Tigre el muchacho!

—Jué a eso de la oración; ya se empezaba a tiznar el cielo. Yo me juí a buscarlo al güenazo porque ya me tenía cansao. Como devoción, que todas las noches me había de comer un chivatito... ¿Y por qué, pu?... Yo tamién tengo garras. Me juí solito y me escondí en un hoyo, entre las piedras del cerro. Pasaban las horas, las horas, las horas, las horas y... nada...

Güeno, ya me estaba durmiendo de tanto cabeciar y de puro aburrío, cuando sentí como si bramara una fiera. Pa qué viá decir una cosa por otra: tuve miedo, un miedo fierazo, si parecía que estaba maniao. Le tiré unos peñascos. Sonaban las piedras; pero seguía bramando...

... ...

—¿Y?...

—¿Ya se acabó?

—No, pu... Si yo me pelié con el león. Güeno, el miedo se me pasó de golpe. Se me vino encima. Le brillaban los ojos. Agora me las vas a pagar a todas — le dije — y nos agarramos así, así.

El me tiraba una con las garras, yo me le hacía el chiquito y le metía un sopapo.

¡Dele y dele! ¡Bicho bravazo!

En una de esas, nos trenzamos a brazo partío. Vieran que olor fiero tenía en la boca...

... ...

—¿Y?...

—Y cuando me ví mal, lo cacé por las barbas al chivato y lo dí contra el suelo...

—¿Y... cómo? ¿Chivato había sío?

—Chivato, dije?

—Chivato has dicho, recién...

—Sí, chivato, dije, chivato será pu...

San Juan, enero de 1918.

EL SANTO MILAGROSO

—¿Cómo le va, comagre Gregoria? Tuavía piensa volverse pa La Rioja?

—Qué mi dir, compagre, aunque aletié como el buitre. Vieja y solita... ¡Pobre pa peor! Y le tengo clamao al cielo que me lleve ¿pa qué voy a estar sufriendo?

—Ya se viene San Juan, comagre.

—Pal mío, ya le encargué una misa.

—¿Y las cabritas, comagre?

—Allí están.

—¿Dieron güena parición este año?

—Muy poquito; muy poquito. Cuando no es la peste, es el zorro. Ni un queso imos podío hacer.

—Yo vengo, comagre, a ver si me quere vender un chivatito.

—¿Y cuándo hay, pu hijo... ¿no ves que el zorro se los come?

—¡Caramba, digo!

—Yo tenía un San Roque, pero el tata cura se lo ha llevao. El me cuidaba los cabritos.

—Si viera, comagre, santo más milagroso que el que yo tengo, no hay en el mundo.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama el santo Apolo. Es medio tostaíto, güen compañero y segurazo pa los milagros.

—¿Y cómo no me lo vende, pu compagre... Mire que yo estoy sin uno...

—Venderseló... venderseló... Podíamos arreglar. Se lo viá traer pa que lo vea.

—Güeno, compagre. Aguardesé un poco pa que se lleve dos cabritos.

La viejecita Gregoria vive en un rinconcillo rocoso y triste de las montañas sanjuaninas, rinconcillo que tiene en sus peladas moles berroqueñas, un cristalino ojo de agua.

Ña Gregoria — como la llaman, — es una viejuca a la antigua: viste una pollera que fué negra, bata floreada, fuma su cigarrillo de chala cuando está triste, toma mate a toda hora y al recogerse en su catre de tientos, golpeándose el pecho, reza hasta dormirse.

La viejuca despiértase temprano y si le falta azúcar o yerba, montada en manso borriquillo se dirige a la villa lejana. Eso sí, la viejuca no pierde misa y se confiesa todos los sábados, aunque haya de molerse las callosas posaderas.

¿Y los cabritos de la comadre Gregoria?

¡Ah!... se los come el zorro mañoso y audaz — don Juan de los caminos — que anda siempre cabizbajo, olfateando los barrancos, las cuevas, los senderos... Se los come don Juan, que duerme a pata tendida donde lo pilla el sueño, cuando ha llenado la panza con chivatitos tiernos, importándosele un comino de galgos y cazadores.

¡Oh!... si lo cogiera la comadre Gregoria: le daría de palos!

* * *

Púsose Silverio en la tarea de modelar un santo, porque el tal Apolo, no existía más que en la imaginación del rudo sanjuanino. La viá hacer rabiar a la comagre—decíase,—pa que no sea tan beatona y tan tacaña.

Y comenzó la obra. Amasó el ocroso barro y tras largas horas de paciente labor, hizo una cabecita fea, un vientre sumido, unos miembros flácidos. Silverio se esmeró cuanto pudo para que ciertos órganos — olvidados a menudo por los artistas — resultaran a la perfección. Al dar los últimos toques y retoques decía: Agora sí... Agora sí que es de bulto. Así que lo vea la comagre se va caer patrás... ¡Ella que es tan santulona y tan solapada!...

El santo Apolo resultó ser un santucho moreno, feo, antipático. Tenía los ojos enfoscados, caído y grueso el labio inferior, desproporcionada la nariz, el cuello toruno, pelona la cabeza.

Púsole Silverio una camisita blanca—porque los santos, musitaba, no han de ir desnudos — y sin más trámite, se lo llevó a la comadre.

Cebaba mate doña Gregoria.

—Güenos días, comagre. Ya estamos de güelta.

—¿A que se ha olvidao de mi encargue?...

—No, comagre; aquí viene el milagroso. Como éste no hay otro en el mundo.

—Ma viamos...

—Aguarde, comagre. Se lo viá vender con una condición.

—Güeno.

—Que no se lo muestre al cura, porque ese gallego es muy interesao.

—¡Cuando es tan abajito y tan güeno el tata cura!. .

—¿Sabe lo que dijo el otro día cuando nos estaba sermoniando?

—No sé, pu...

—Decía el gallego: "Las viejas de aquí son unas santulonas y unas trompetas, hijas de Satanás. Ayer llegó una a casa diciéndome: Aquí le traigo este regalito, señor cura... Adivinen lo que era. Pues, un chivato viejo y hediondo que caminaba enredándose en..."

—¡No diga eso, pu compagre!

—Güeno. Aquí está el santo Apolo.

Silverio deslió su poncho y apareció el santucho de rostro moreno, de mirar fosco...

—¡Y cuenta con mostrarseló al señor cura!

—No, compagre, si va a ser el ángel de mi guarda.

La comadre Gregoria miró, observó, comparó y echó cuentas: Es medio negrito... pero así es mejor. Este sería de los indios... — decía.

La curiosidad llevóla a levantarle la camisita blanca, camisita de santo honesto.

—Había sío de bulto... ¿no?

—De bulto, pu... Los santos, antes de ser santos, han sío cristianos como nos otros.

—¿Y cuánto vale?

—Veinte pesos, por ser para usté, comagre.

Quedóse pensativa la viejuca, mirando la rasurada cabeza del santo. Echó a andar luego unos pasos, abrió la vieja petaca de cuero donde guardaba su ropita, y metió la mano hasta encontrar unos billetes sucios y amohosados.

—Plata pa Dios, es bien empleada, comagre...

—El San Roque me costó quince y cómo era de milagroso.

—Asegureló bien en el nicho, comagre; que no se le vaya a quebrar una patita. El ocho de Octubre, es el día de santo Apolo o Apolinar, como quera llamarle.

—Pa ese día, le encargaré una misa.

—Güeno, me voy...

—Llevesé unos chivatitos compagre. Si no fuese por el zorro tendríamos más.

—Con mi santo, le aseguro que del animal no quedará ni el pelo.

* * *

La viejuca, llena de fe y esperanza, alumbró a san Apolinar con la más pura devoción. Velas y velas se consumían lentamente, tristemente, ardiendo días y noches. De mañanita iba doña Gregoria a ver el destrozo. ¡Ni un chivalito muerto!

¿Y don Juan de los caminos?: El zorro audaz y malicioso andaba tornándoles el gusto a las gallinas de una mujeruca que vivía como a una legua del rancho de doña Gregoria. Pero... una mala noche, lo cogió por la cola un gozquecillo gritón, y don Juan, muy asustado, echó a correr como pudo. Después... después tornó a lo fácil.

La viejuca Gregoria está triste.

¿Cómo es que el animal vuelve a matar los cabritillos?

¿Estará enojado san Apolinar?

Pero ella nada de malo le ha hecho y lo alumbra todos los días...

¿Por qué será?

Silverio acude en su ayuda y la dice: Pongaló desnudito en el mesmo sitio del daño.

Así fué.

* * *

Mañana de mañanita.

Temblando de ansiedad se acerca la comadre Gregoria.

¡El tendal de chivatitos muertos, a los pies del santo moreno de ojos enfoscados!

—¡Aijuna!... ¡Vení pacá, trompeta, canalla, sinvergüenza!... ¡No servís más que pa tener esas porquerías!

Y asiéndolo por el cuello toruno, lo hizo añicos contra el suelo...

San Juan, febrero de 1918.

EL MACHO NEGRO
EL BUEN OJO
EL PRIMER PODADOR

Los dos caballeros miraban a don Raimundo, un viejo sanjuanino de frente arrugada.

—¿Y qué van a servirse? ¿Queren unos mates? Hable como en su casa, señor engeniero; somos pobres pero tuavía podemos servirlo. Lo que es, a este mozo, yo lo conozco desde chiquitito. Fijesé que hasta loi cargao...

—Bueno, unos mates.

—Unos mates, viejo.

—El padre de Pepito, fué un hombre güenazo. ¡Ah, si yo me acuerdo!... ¡Cómo lo quería la peonada! ¡Y qué hombre que se sentaba bien!

—¿Le conoció usted en la intimidad?

—Si yo me crié con él, pu...

—¿Te acordás, Pepito, cuando me tironeabas de las barbas?

—¡Claro, que me acuerdo! y también cuando... casi lo descogotó el macho negro...

—¿El macho negro?

—Sí, fué un macho negro, grandote, bravazo...

—¡Ah!... el sillonero de don Ricardo! Sí, pero... yo era entonces un muchacho... Se lo ha contao su papá, no?

—El.

—Nos juntábamos varios amigos: Alejandro, Juan Pedro, Antonio, en fin varios muchachos pícaros y nos íbamos, cada uno con su apero al hombro, a ensillar terneros en el corral. Corcoviaban de lo lindo! Un güen día... ¡nos cazaron! Vengan pacá — nos dijo Patricio, — el capataz, un negro fierazo más alto que esta puerta. Y nos llevó pal corral de la mulada. Habían como trescientas mulas chúcaras...

—¿Pero... a ustedes?...

—Sí, pu, a nos otros nos iba a poner encima. Y...

—Siga, viejo.

—Güeno, ¡a enlazar! — dijo el negro, — y nos dió unos torzales más grueso que este dedo. Apenas los movíamos. Cada uno pilló la suya. A mí me tocó un macho negro más chúcaro que el mesmo diablo! Lo pusimos al palenque después de pialarlo. Don Patricio le echó sobre la cabeza su poncho colorao y lo ensilló ligerito.

Se quejaba el macho.

Pa que se cuerte en dos — decía el negro cuando le ajustaba la cincha.

¡Ay!... juna... cuando le destaparon la cabeza y lo largaron conmigo encima!... Salió como refocilo apuntando pal monte!

—Y...

—Y ya no me acuerdo más! Fijesé, señor engeniero, lo que tengo aquí en el cogote.

—Al mejor se la doy!...

—¿Y no le hizo mal?

—Cuasi me quebra, pu... si estuve como un año postrao...

* * *

—¿Han empezado a podar, don Raimundo?

—Ya pu... ya es tiempo.

—¿Y cómo le va, Pepito, por Buenos Aires? Dicen que ya va a terminar de engeniero... El Señor, lo andará redomoniando?...

—Vamos a ver. Se hace lo que se puede.

Pepito, estudiante tronado, mira al viñador como diciéndole: cállate, viejo, no hables de tal negocio! Pepito, que viste traje de montar a la inglesa, cálase unos quevedanos que dan a su rostro rasurado y fresco, cierto airecillo de autoridad.

—¿Quiere usted, señor ingeniero, que demos comienzo a la nivelación? A mi modo de ver, la construcción del canal es irrealizable. En fin, la nivelación lo dirá.

—Vamos a ver.

—¿Y pa qué tanto aparato?

—Para nivelar, pues.

—¿Y en éstos han estudiao, vos, Pepito?

—Los sé manejar...

—Es lo mesmo, pu...

—¡Bah!... si ustedes me vieran nivelar a mí...

—¿Cómo lo hace, don Raimundo?

—Me echo boca abajo, pu... y empiezo a bichar. En cien metros, no se me va una cuarta.

—¡Está bueno!

—Hay que darse maña, pu... cuando no tenimos escuela. Muchas veces los libros no traen todo. Ya verá.

El señor engeniero me ha preguntao por la poda. Güeno, pu... agora es tiempo de podar.

¿Y quién fué el primer podador?

—¡Hum!... es difícil el problema.

—Amigo, el viejo nos está tomando el pelo.

—Nada. En serio lo digo.

Dicen que tenía orejas largas...

—¿Será el macho negro?...

—No, pu, el macho negro es de agora no más.

—...Y que comía de todo, menos alfalfa... porque era muy resignao.

—Desde luego, fué un animal.

—Y cuál, pu?

—¡Caramba! el buey, el burro, la mula, comen alfalfa.

—Y dicen que como el buey, era güenazo pa anunciar las lluvias. Cuando va a llover, el buey viejo sacude las pezuñas como pa sacarse el barro. Este otro retoza y se alegra y reeeb...

—¡Ah, el burro, el burro, el burro!

—Claro, pu; el primer podador jué el burro. Antes, las cepas se criaban mucho, eran altas como enredaderas y daban unos racimos chiquitos que no servían pa nada. Una vieja ató su burro en la viña. ¿A qué no saben lo que hizo el burro?

—.....

—Se comió los sarmientos, pu... Como era en Agosto, estaban dulcecitos.

—¿Y?...

—Pal otro año, estaba toda la viña una hermosura. ¡Y qué racimos! Y desde entonces, empezamos los burros a podar, pu...

—¿Y quién se lo contó, don Raimundo?

—Este me lo contó mi agüela, la pobre...

San Juan, febrero de 1918.

A Doña María Antonia Cuello

y a sus hijas

Rosa y Concepción.

Famosas tejedoras
catamarqueñas.

UNA HILANDERA

Tarde estival.

La comadre María, está solita en el corredor de la casa solariega.

Viejuca es la comadre María: ya le falla el pulso y le tiemblan los dedos.

Arrellenada en su sillita de cuero, la comadre María hila, hila, hila... El alto y sedoso vellón de una vicuña, sale de entre sus dedos en invisibles y resistentes hebras.

¿Por qué la comadre María ama la quietud misteriosa de las tardes de verano?

La comadre María hila, hila, hila. En su frente, tiene marcadas gruesas arrugas. Su tez, se ha tornado pálida y más expresivo el lenguaje de sus ojos negros.

Solita está la comadre María, en el corredor de la casa solariega.

El huso baila, baila, baila, una, cien, mil veces y otras mil torna a bailar.

Mientras se tuerce el hilo, los ojos de la comadre María miran fijamente, tristemente, ingénuamente.

Viejuca es la comadre María: ya le falla el pulso y le tiemblan los dedos!

Arrellenada en su silla de cuero, la comadre María permanece muda, casi inmóvil, a ratos grave, siempre meditabunda.

¿En qué piensa la comadre María, cuando sus dedos nudosos hacen girar una, cien, mil veces, el huso bailarín?

* * *

—Trabaja usted mucho, doña María... ¿no se fatiga usted?

—Aura no es nada, hijo... Hubiera usté visto cincuenta años atrás...

—¿Cincuenta años atrás?

—Y más también: Yo aprendí a hilar a los ocho años; aura tengo setenta y ocho... Yo nací el año cuarenta. Mis padres fueron muy trabajadores. Desde chiquita yo sabía hilar toda clase de hilo.

Mis padres tenían contrata por el pabilo de algodón, para llevarlo a las niñas, con el señor Olmos, don Florindo, de Catamarca. Por hilar una arroba de algodón pagaban veinte reales. ¡Fijesé!... Tizábamos el algodón hasta muy tarde la noche.

—¿Y no le duelen los dedos, comadre María?

—¿Y de qué?... ¿de tincar el huso?

—Eso es, de hacerlo girar tanto...

—Todo está en acostumbrarse, hijo. A los doce años, yo era una telera de fama: sabía tejer lienzos finos para ropa interior. Los urdíamos de treinta varas de largo. Yo solita, tejía tres varas por día. Entonces, los decentes usaban camisa de lienso.

—¿No tejían ponchos y frazadas?

—Aguardesé un poco. Yo me casé el año cincuenta y ocho con Agustín Cuello.

¡Ay! hijo, los años de matrimonio me fueron los más fatales: tuve que trabajar para vestir a mi esposo y para

vivir, pues a don Agustín, lo tomó la Patria de su cuenta, sin pagarle jamás un centavo... Sirvió ocho años consecutivos en campañas peligrosas, llevando los contingentes a perseguir a todos los enemigos del gobierno.

Entonces, hijo, se levantaban montoneras por todas partes. Don Agustín anduvo por La Rioja, San Juan y por todos nuestros departamentos del Norte. Ha de saber usté, que siempre lo ascendían, pero nunca le pagaban... Cada tanto, volvía a su casa a ver a la pobre esposa, que vivía a la sombra del padre, trabajando día y noche en las telas, para darle ropa y dinero para el bolsillo.

¡Ay! hijo, en uno de los cortos días que estuvo en casa, un montonero lo asaltó dandolé muerte en mis brazos!...

Se contrae la faz rugosa de doña María y todo aquel pasado triste de sombras y recuerdos, se vuelca en una lágrima!

... ...

—Quedé viuda y sola en el mundo con mis dos hijas, Concepción y Rosa, sin un ojo humano que me favorezca. En circunstancias tan críticas, se me redobló el trabajo en las telas. Yo principié los trabajos de vicuña, el año setenta y ocho. El setenta y dos, inventé los telares anchos y el modo de urdir con dos ovillos.

—¿Cuáles telas se traman, doña María, en los telares anchos?

—Se urden los ponchos sin costura y cualquier tela ancha, de una sola pieza.

Desde el setenta y cinco, tejí mantas de vicuña para la casa de don Mardoqueo Molina, muy conocido en Catamarca; él hacía venir de Salta, los cueros en gran cantidad. Para esa época, ya empezaron a ayudarme mis

hijas. Ellas, desde chicas, trabajaron con empeño y gusto. A medida que la situación era más holgada, aumentaban los huérfanos que me pedían socorro. Ya ve, hijo, yo crié como a veinte huérfanos, entre varones y mujeres. Todos encontraron en mi casa, protección y cariño, y salieron muy buenos y honrados.

El noventa y ocho, que ya corría la fama de nuestros tejidos, fuímos buscadas para exhibir nuestros telares en la gran Exposición de Buenos Aires, por lo que tuvimos que trasladarnos, con todos los útiles, a trabajar en dicha exposición. Allí fuímos muy alabadas y el jurado nos dió Diploma de Honor y medalla de oro.

En la del Centenario, también triunfamos. ¡Ay!, hijo, crea que siempre hemos deseado tener posibles, para formar un taller lleno de telares y enseñar todo lo del ramo, a los niños pobres y huérfanos!

Calla la comadre María y sus dedos nudosos, tornan a hacer girar el huso bailarín. Ahora, la historia humilde de su vida, vuelve a sepultarse, a condensarse, en la mirada triste de sus ojos negros.

¿Qué aguarda de cada nueva Aurora?

... ...

Arrellenada en su sillita de cuero, la comadre María hila, hebra por hebra, el sedoso vellón de una vicuña. Mientras se tuerce el hilo, sus ojos miran fijamente, tristemente, ingénuamente...

Piedra Blanca (Catamarca), enero de 1917.

CAMINO DE LA SIERRA

Andamos por la costa del Atuel. El río impetuoso que se ha hundido al formar las temblorosas cataratas del Nihuil, aparece nuevamente en el Rincón.

Por la costa del Atuel, vamos. Los cerros presentan un aspecto triste, aspecto de moles abandonadas. En todas partes vemos rojizas barrancas cortadas a pico, estrechas quebradas, yermales áridos.

—¿Distingue puallá, ese ranchito?... fijesé bien.

Detengo mi mula y estirando el cuello, miro lejos, lejos.

Natalicio torna a decirme:

—Es puallá, don Carlos, onde remata el cerro, cuasi en la boca de la quebrada. ¿No ve como un bultito?

Yo respondo afirmativamente:

Lejos, muy lejos, sobre el cerro pedregoso, distingo una manchita.

—Allí es pu, onde vive Roque.

—¿Cuál Roque, dices?

—Roque, pu, el puestero.

—¿El puestero?...

—¡Bah! ¡Que había sío olvidadizo!

¿Ya no se acuerda de aquel que topamos en las Malvinas, pasando el Atuel?

—Roque... Roque...

—¡Roooque! pu..., el puestero; ese que venía bien montao y que usté lo hizo parar pa preguntarle...

—Hombre, no me acuerdo. A ver, dí cómo era la mula. algunos detalles que recuerdes...

—¡Bah! se había olvidao de veras, pu...

Roque venía en una mulita negra, linda mula de sobrepaso, medio ariscona tuavía. ¿Se acuerda que quiso espantarse cuando la enfrentamos?

—Sí.

—Bien aperada venía la mulita negra: güenos pellones, güenas caronas, güenas riendas. ¿Se acuerda agora?

—De la mula, sí.

Roque... Roque...

—Roque, pu... el puestero.

Dime, ¿era un muchachón coloradote?

—¡Bah!, había estao con un gringo en la cabeza... No, don Carlos: el Roque es morenazo; pero no negro. Esa tarde, traía la cara peluda.

—Roque... el de cara peluda... Dí, ¿gastaba polainas?

—Nunca. ¿Onde ha visto un puestero con polainas? No, don Carlos: Roque llevaba bota de potro y espuelas de plata.

—¡Ah!... ¿y vestía traje brich? ¿No?

—No compriendo, don Carlos.

—Digo si vestía traje kaki?

—¿Kaki?... De qué será, pu...

—Traje a la inglesa, hombre.

—¿Tuavía está con el gringo, usté?

El Roque llevaba chaqueta con tablas y bombachas, sombrero negro y pañuelo rosao...

—Caigo: la mula venía ensillada con bastos?

—Noi visto mula de puestero ensillada con bastos; eso se usa puallá, pal sur... Fieraza queda una mula con bastos.

La del Roque, la mula negra, traía apero de esos que nosotros llamamos sanjuaninos y que son güenazos pa la sierra.

—Ya me acuerdo, hombre, ya me acuerdo. Te refieres al hombre ese que una tarde no quiso venderme su poncho de guanaco?

—Ese, pu... Roque, el puestero.

—¿Y por allá vive Roque?

—Puallá vive y ya vamos a llegar. ¿Lo alcanza a ver agora, al rancho?

—Ya lo veo bien.

—Fieraza va a estar la noche. ¿Se anima que la pasemos en lo de Roque?

—¿Tú le conoces?

—Yo, sí. ¿Y pa qué conocerlo?

—Hombre, para que nos hospede en su rancho.

—¡Hum!... estos puesteros son hombres que...

—¿Qué?...

—Que no le venden un chivatito a un cristiano, aunque se hinque de rodillas.

—¿Dices de veras?

—De veras, pu... No ve don Carlos que yo lo conozco bien.

—¿Viviste por acá?

—Puaquí, puallá, por todos laos. Mucho tiempo anduve pal sur, por la laguna Yancanelo, por el Payén, por el cerro el Guanaco, por el Nevao...

—¿Con que... no son buenas gentes, los puesteros?...

—Güena, sí, y mala tamién.

—Hombre, yo llevo revólver.

—No es por eso. Conmigo, está de sobra. Yo no tengo

miedo a naide. Agora verá. ¿Quere que la pasenos allí? Fieraza va a estar la noche.

—Donde tú quieras, Natalicio.

—Güeno, lleguemos.

Natalicio calla y toma la delantera.

Obscura es la noche. No canta un ave ni silba el viento. Lejos ya, corre el turbio Atuel.

* * *

—Güenas noches, amigo. ¿Nos podemos apiar?

—Bajensé, pu...

—¿Se acuerda usté de este señor?

Roque mírame con cierta desconfianza y responde:

—El que me quiso comprar el poncho...

—El mesmo.

—¿Y qué andan haciendo puacá?

—Don Carlos ha comprao toda la yeguada chúcara que anda por estos cerros. ¡Qué vamos a hacer nos otros solos!, aunque más allá vienen cuatro piones... ¿Nos queren ayudar a pillar las yeguas?

—Vayan a boliarlas ustedes. Nosotros no pillamos yeguas ajenas.

—Don Roque ¿no hay un lugarcito pa nos otros en su rancho? Yo me arreglo en cualquier lao...

—Es que tengo la mujer enferma y... está fierazo el rancho, como pa no mojarse no más.

—Haga pu, entonces, el servicio de vendernos un poco de carne.

—No tengo carne de guanaco, ni de choike tengo.

—¿Y unos quesos?

—Muy flacas están las vaquitas y las cabritas no paren.

—¿Queda lejos la aguada?

—Puallá queda; pero sale muy poquito.

* * *

Camino de la sierra. Obscura está la noche. No canta un ave ni silba el viento.

—¿Conoces bien estos sitios?

—No tenga miedo, don Carlos, la mula tiene güena vista, así no más no se despeña.

—Este Roque, es hombre de pocos amigos.

—Así son pu... los puesteros. Aquí vamos a encontrarnos con otros. En estos cerros, cada ocho o diez mil metros, hay una aguada y junto a la aguada está el puestero. Flojazos son.

—¿No cuidan sus rebaños?

—Las vacas se crían solas. A las cabritas las lleva y las trae el perro.

—¡Qué vida!

—Viven mejor que los puebleros. Ellos comen el mejor queso, güena carne. Como los pollos, pican de la flor no más! Sentaditos en su rancho, esperan que les traigan de todo. Uno les lleva el azúcar, otro la yerba, el tabaco, una carguita de vino. ¡Hum!... Agora están caros los cueros y las plumas de choike!

—¿Y se divierten?

—¡Chupan a lo indio! Pa los bailes se convidan. Son güenos guitarreros. Ya ve la vida que llevan: Sí se la roban!...

* * *

A una legua del chocil de Roque, nos detenemos. Natalicio ha boleado un choike.

—Le viá a hacer probar una cosa rica...

—¿Qué cosa?

—La chaya, pu... la comida de los indios...

El choike yace muerto. Natalicio le quita el cuero y reduce a menudos pedazos el cuerpo del pobre animal.

—Agora metimos los pedazos condimentaditos en su cuero, que les sirve de bolsa.

—¿Y esto es la chaya, comida de los indios?

—No, pu... don Carlos, fàlta hacerla cocinar agora. ¡Verá qué rico!

Natalicio enciende fuego, trepa una cuesta empinada y vuelve cargando una piedra aplanada y lisa.

—Este es el asador, don Carlos... Cuando se caliente bien la piegra, ponimos a cocinar la bolsa.

—¿Tardará mucho?

—No tanto. Pa que se cocine lindo hay que echarle adentro unas piegritas bien calientes, coloradas...

Ahora la chaya hierve, hierve, hierve a borbotones, haciendo salpicar su caldo aromático y apetitoso.

Camino de la sierra. Vamos por la costa del Atuel, cuesta arriba, cuesta arriba!...

Costa de Atuel, (Mendoza), Marzo de 1917.

SALVADOR DIAZ

—Me llaman por mal nombre el Sapo; sapo soy y Salvador Díaz, onde quera! Vamos, chuso?...

La jaca de Salvador, un caballejo peludo, ensillado con uno de esos aperos que rematan en media luna, hállase atado por el cabestro, al firme poste de una pulpería.

—¿Vamos chuso?... Onde quera imos de pisar juerte! El tordillo, que es redomón, se pone nervioso y tiembla al sentir los rudos manotazos de su amo.

—Me llaman por mal nombre el Sapo... sapo soy y Salvador Díaz onde quera!

—¿Querís que vamos, chuso?

Salvador coge el cabestro y quiere poner el pie en el estribo. La jaca remolinea. A penas el jinete consigue afirmarse, el Tordillo malacara lánzase a veloz carrera por el camino lleno de polvo, cercado de plomizas arabias y álamos sombríos.

Salvador se ha echado su poncho al hombro, acomodándose el sombrero con el ala quebrada. La jaca corre a gran galope, huye, vuela. Salvador grita, grita fuerte y su grito agudo y triste, se prolonga en las calladas vegas.

Un rancho: el chozo miserable, pero sombrío, caliente, del pobre Salvador. Junto a la ramada, una mujer muele maíz tostado. Ya comienzan a probar la dulce harina tres chicuelos que miran a una vez del mismo modo. La mu-

jer, acompasadamente, hace andar sobre una piedra lisa, otra piedra redonda.

—Mamita... ¿y el papá?

—Quien sabe, pu... onde andará Salvador. ¿No lo ha visto, usté mi hijito, en lo del Turco?

—...No estaba el caballo...

—...Andará chupando. Así no más hace cuando agarra un peso.

—¿No se habrá peliao con ño Antonio?

—Callate, hijo, el gallego no se va a meter con tu tata.

—A la mañanita, cuando vino la agüela, pasaron los milicos a la juria...

La Juana, deja de moler y mira al mayor de sus hijos.

—Andá fijate si está el cuchillo...

... ...

—No está en la guincha.

—¿Y no pasó el comisario?

—A él no lo vide; pero los milicos iban chicoteando.

... ...

—¿Lo tendrán preso, mamita?

—¿Y qué querís que yo sepa? Onde andará Salvador. Andará chupando... Así no más hace cuando agarra un peso...

La Juana, una morena que ya no peina su cabello negro, hace andar de nuevo, sobre la piedra lisa, la otra piedra redonda...

—¡Aquí está Salvador Díaz! Me llaman por mal nombre el Sapo... sapo soy ande quera! ¡Juanaaa! ¡Juanaaa!... Ya llegó el chuso...

—Bajate, pu Salvador. No estís gritando.

El mayor de los chicuelos corre a desensillar el caballo.

—Vení, Juana... Pu allá me topé con tu hermano... ¿Sabís lo que dice el güeno?

—Bien humilde que es el pobre...

—¿Sabís lo que dice el güeno? Dice que se están muriendo de hambre vos y los niños!... ¡Tomá, Juana!... pa que coman.

Salvador arroja contra el suelo un lío de billetes.

—Vos lo has ganao... tuyos son. Acostate un momento, Salvador.

—Agora quero trabajar. ¿Por qué el gringo del frente ha de tener tomates y nos otros no? ¿Onde están los bueyes?

—Pa la ciénega los llevamos. Con Salvadorcito imos arao aquel cuadro.

—Agora hay que arar todo. Salvador Díaz, sabe trabajar, aunque diga el güeno que ustedes se están muriendo de hambre...

—¿Onde están los bueyes? Por la viña no andan.

—Pa la ciénaga los llevamos.

—Ligerito, a trairme los bueyes!

* * *

Arando. Los tardos y pacientes bueyes, uncidos al pesado yugo de la esclavitud, esta vez, no a paso lento guían el reluciente arado que traza hondos surcos en desiguales oblícuas. Salvador les grita fuerte, fuerte y su agudo grito de ira, de rebelión o de coraje, se prolonga en las calladas vegas...

Costa del Diamante (Mendoza), octubre de 1917.

EL TRENZADOR

Al pie del cerro, vive don Bruno, el trenzador, viejo barbudo que lleva raído chiripá y bota de potro.

¿Quién ha visto un rancho tan triste como el de don Bruno? Dicen que ya no tiene techo.

Como escondido vive el viejo trenzador: esquiva toda mirada, impide todo encuentro, huye hasta de su sombra. Dicen que se muere de pobre. Muchos años ha, solía verle enhorquetado en un lindo pangaré. Dicen que el hermoso animal, está hecho un andrajo.

Yo deseo hablar con don Bruno y me dirijo al rancho de doña Dorotea, una vieja hilandera que conoce al viejo.

—No ha de ser fácil que lo vea. Es ariscazo el viejo...

—¿No trabaja ya?

—Dicen que tuavía trenza lazos, rebenques, riendas. Lo hubiera visto antes... jué mozo tientudo, en el recao...

—¿Y la esposa de don Bruno?

—¿Cuál? No li conocio ninguna. Siempre vivió así no más, como choike huacho... Cuando joven, dicen que pegó un hachazo...

¡A quén será, pu!...

Y desde entonces, dicen que vive solo, solito no más...

* * *

Bajo una ramada encontramos a don Bruno.

—¿Cómo le va, buen viejo? Venimos trayéndole unos centavos para los vicios...

—Aquí estamos, niño, sobando una cinchita pa don Carlos.

—¿Para don Carlos?... Es para mí, pues.

—Güeno, pu... será así. Me han de disculpar por que ya no distingo las caras: fierazo es verse viejo y cuasi ciego...

—¿Cuántos años tiene, don Bruno?

—Voy pal siglo: Noventa y ocho, será pu... Ninguno queda de mi tiempo. Y pa qué van a quedar, ¿pa verse como yo?

—Pero... a usted no le falta trabajo...

—Ni pá los vicios se gana, niño.

—¿Y sus hijos, don Bruno?

—Noi sío afecto a la crianza, ni conocí a mis padres.

—¿Por qué ahora no va para la villa, como antes?

—No. Ya no salgo. ¿Pa qué queren ver a un viejo tan pobre y tan fiero? Ni caballo tengo ya...

—¿Y el pangaré, don Bruno?

—Puallá andan los güesos... El pobre vivía como yo.

Don Bruno se queda triste. El viejo trenzador está de pie, bajo la ramada.

—Era bueno su pangaré...

—Así dicen; por eso se ha muerto, pu...

—¿Por qué no se casó usted, don Bruno?

—No me hable de eso, niño.

—...Acaso hubiera encontrado una buena compañera...

—Como la mula, tal vez...

—Dicen que doña Felisa fué su novia...

—Vea, don Carlos, mañana me voy pal cerro y no güelvo más!...

Costa del Diamante (Mendoza), junio de 1918.

INDICE